LA CHIRIGUANA: ANACAONA, POR TEMÍSTOCLES AVELLA. LA ROCA DE LA VIUDA, POR...

Josephina Pelliza de Sagasta









NOVELAS AMERICANAS.

LA CHIRIGUANA

POR

JOSEFINA PELLIZA DE SAGASTA.

ANACOANA

POR

TEMÍSTOCLES AVELLA.

LA ROCA DE LA VIUDA

POR

RICARDO ROSSEL.

REGALO DE **LA ONDINA DEL PLATA**
Á SUS SUSCRITORES DE 1877.

BUENOS AIRES.

Imprenta y Administracion,
Santiago del Estero 176.
1877.

LA CHIRIGUANA.

(NOVELA ORIGINAL)

POR

JOSEFINA PELLIZA DE SAGASTA.

INTRODUCCION.

Vivimos en una época en que se escribe con vertiginosa rapidez.

Todos los dias aparecen libros nuevos que el público lee con creciente interés.

Podria decirse, que se produce porque se consume: la relacion es perfectamente armónica. Ni una página escrita, deja de tener su lector.

Esto pasa en el viejo mundo: las prensas europeas se agitan sin cesar y nunca terminan su tarea. No conocen el bostezo.

Pero entre nosotros, doloroso es decirlo, no sucede lo mismo.

¿Porqué?

Lo diremos. No es por falta de inteligencias capaces de perseguir lo Ideal con éxito feliz: se sabe que en América cada hombre es un talento.

Cada cerebro americano, es una mina, una mina inexplotada. Se carece absolutamente de voluntad y nada se produce: de tarde en tarde apénas se vé brillar una que otra llamarada, en el templo de las letras, como si faltaran sacerdotes que removieran el fuego sagrado consagrado á lo Bello.

Falta vigor en el espíritu y entusiasmo en el corazon: uno y otro viven enfermos, aquel aguijoneado por el desaliento que desgarra sin piedad, este debilitado por la indiferencia, anémico, á fuerza de no latir.

Dicen que no hay estímulo, los que pudieran dirigir el movimiento literario en nuestro país. No lo creemos: tambien ántes de fundarse LA ONDINA se decía que era imposible sostener un periódico de su carácter: tres años de existencia demuestran lo contrario.

Estas ideas vienen á nosotros, apropósito de este volúmen. Pensábamos al fundar LA ONDINA DEL PLATA trabajar ardorosamente por el fomento de la literatura nacional y colombiana.

Sin descanso, hemos venido cumpliendo fielmente nuestro programa. Respondiendo á él, anunciábamos al empezar el año 77 que daríamos á fines del mismo, un volúmen de NOVELAS AMERICANAS.

Contábamos con el patriotismo de los escritores y creíamos posible la tarea.

El tiempo nos ha desengañado; pero algo hemos hecho sinembargo.

Tres literatos americanos, han correspondido á nuestro llamado.

Los hemos enlazado por un vínculo estrecho: las páginas del libro, de un libro modesto.

No perdemos la esperanza, de que otra vez, la obra será menos imperfecta.

Á los colaboradores de la presente, les agradecemos su eficaz concurso.

EL EDITOR.

Enero de 1878.

I.

SORA.

Es la tarde; el sol desciende perezosamente y su disco de fuego casi extinguido se refleja en el ocaso coloreando al cielo con el postrer destello de su agonizante luz.—La selva como adormida en esa hora misteriosa, llena de melancólica frescura, agita débilmente los espesos matorrales y las blancas cabezas de los plateados penachos.

Estamos á orillas del gran *Chaco*. El Bermejo con sus parduzcas é indefinidas ondas, rey grandioso de aquellas vírgenes tierras, se desliza sobre su cristalizado lecho, perfumando sus corrientes con las raices aromáticas que se crian á su márgen.

La naturaleza enmudecida por lo imponente de la hora no la interrumpe un solo grito humano, el calor de aquel dia ha sido sofocante y aquellas regiones abrasadas por un sol de fuego que quema con sus ardientes rayos hasta las arenas del desierto, parece que reviven al tibio beso del crespúsculo de la tarde, aunque silenciosas y marchitadas por la lucha anterior.

Cuando sobreviene la noche y rasgando el éter lanza sus rayos la luna sobre las abrasadas márgenes del Bermejo, alzan sus mústios cogollos las palmeras y las flores del aire, blancas y febles como una ala transparente de mariposa, desatan sus delicadas hojas, abren su corola perfumada y raudales de aroma em-

briagadora se mezclan á la brisa tibia de voluptuosidad; las aves no arrullán, llevan el pico entreabierto de calor y buscan saltando de rama en rama un sitio fresco y perfumado, solo la feroz *Ayará* de abrillantados anillos y distintas formas y colores se arrastra suavemente dejando su rastro impreso sobre la tostada arena, de cuando en cuando un silvido de finísima vibracion entreabre sus fauces comprimidas, algunas veces busca su cueva que abandonára al medio dia, otras se enrosca al tronco añoso de algun higueron y adherida á la corteza parece un tallo monstruoso de verdosa yedra.

El Bermejo hoy es navegable, la gran obra de canalizacion ha dado su resultado, vapores de regulares dimensiones cortan sus aguas; la explotacion se acerca y muy en breve aquellas vírgenes comarcas serán el gran emporio de la riqueza americana: los moradores de Oran y demas pueblos adyacentes esportarán sus caudales de riquísimos productos: la azúcar, el café, el tabaco, el arroz, el aguardiente y otros muchos puros y legítimos vegetales que hoy son realizados en Chile á un ínfimo precio; pronto, serán exportados á Buenos Aires donde los preferiremos á los que nos traen de Europa haciéndolos pagar á precios fabulosos sin que ellos sean tan ricos y puros como los que nosotros poseemos.—El Bermejo es hoy navegable, recorren sus hermosas costas hasta la desembocadura del San Francisco (rio temible por sus soberbias corrientes) vapores esploradores como el "Eden", el "Leguizamon" y otros; mas en la época en que nuestra historia sucedia, solo rizaban sus tranquilas ondas las quillas ligeras de pequeñas embarcaciones diestramente fabricadas por los indígenas Tobas, Matácos y Chiriguanos, distintas tribus de indios hoy mansos y de los que se emplean en la elaboracion de azúcar en los ingenios y haciendas de Oran; aquellas canoas eran fabricadas con gruesos troncos de árbol que ellos aunque groseramente labran, dándola la forma regular de una pequeña lanchita.

En la tarde de que hablamos, una ligera canoa de palmeras se deslizaba aguas abajo hácia el Chaco, impelida por la corriente, muy fuerte en las sinuosidades del rio, era arrastrada como una

dèbil caña, á veces se ocultaba por completo y luego confundida con las espumas volvia á reaparecer cruzando con rapidez sobre los bancos y los remanses. Un jóven indio esbelto y vigoroso manejaba la embarcacion; no llevaba vestido, estaba casi desnudo, y solo le cubria de la cintura al muslo una manta pequeña de vivos colores tejida con hilo de cáñamo y hojas de timbó, su crespo y grueso cabello lo sujetaba rodeando la cabeza á la altura de la frente una especie de cinto matizado con plumas blancas y azules; aquella vestidura era extraña pero se armonizaba perfectamente con la hermosura salvaje del indio: era alto, de formas hercúleas, sin ser grueso, la tez dorada, los ojos negros rasgados, y de expresion fiera y decidida; un bozo negro y brillante adornaba su boca gruesa y de encendido color, tenia la nariz recta y algo dilatada en las inspiraciones, su frente ancha y bronceada era altiva, sañuda y ligeramente contraida en el seño, las azuladas venas de sus brazos y pecho, se transparentaban á traves de la fina epidermis como se transparentan los nácares en el fondo de los estanques. Dalma era valiente, hermoso y su sangre pura, no era cacique, no pertenecia á las tribus del Chaco, su nobleza le habia sido legada por sus antepasados, de una raza antigua y guerrera, era Inca.

Sentado, ó mejor dicho, reclinado en el fondo de la pequeña embarcacion, su pensamiento se adormecia en una dulce contemplacion, sus mejillas varoniles se sonrosaban suavemente y sus pestañas aterciopeladas se unian al entornarse sus ojos mientras la brisa de la tarde jugueteaba con sus negros risos; parecia adormecido en un éxtasis divino.—Sora!—dijo de pronto con acento puro español; Sora, me espera!—en aquel momento la canoa detenida entre las redes de un matorral acuático dió una violenta sacudida y el indio vuelto en sí de su inefable arrobamiento se incorporó perezosamente, cogió el remo y dándole un violento impulso con sus vigorosas manos cortó las entretejidas raices volviendo á deslizarse la canoa como un cisne entre las aguas. Algun tiempo despues el indio púsose de pié, atracó á la costa y saltando ágil y ligero como un corso se alejó internándose en la isla, no sin haber antes amarrado su esquife á la raiz de un

sarandí; á medida que avanzaba su paso se hacia mas corto, casi no se sentia, ni el gemido de la ojarasca seca percibíase; tal era lo leve de su pisada: andaba de prisa pero con estremada precaucion cual si temiera ser sentido; su mirada recelosa, escudriñaba persistente el seno de cada matorral, de tiempo en tiempo se detenia, parecia escuchar, luego aplicaba el oido á la tierra y alzándose en seguida volvia á andar con mas apresuramiento, á unas cien varas de la costa se paró, un cerco formado con laureles cubierto de sus rosadas flores, cerrábale el paso, pero era allí sin duda el término de su jornada porque entreabriendo las ramas brillaron sus ojos buscando con avidez dentro del cercado, al propio tiempo llevó su mano á la boca y con admirable semejanza imitó el triste canto del urú—y luego casi tendido sobre la yerba esperó ansioso. Un eco dulce y cadencioso, el canto de una ave ó la voz de una mujer llegó hasta el indio, su rostro se encendió, sus ojos se iluminaron con un reflejo inefable y lanzándose á la carrera penetró al cercado, acercóse á una choza de mimbres y palmeras casi oculta entre los árboles y sus ojos y su corazon ansioso bien pronto descubrieron lo que buscaban.

Bajo un gran árbol de frondosa copa y caprichoso tronco, cuyas hojas semejante á las del plátano, prestaban una sombra y frescura deliciosa se veia una estera de juncos en forma de hamaca, en cuyo interior perezosamente recostada se adormia arrullada por los murmullos de las auras de la tarde una jóven indígena de peregrina belleza; aquella jóven india era Sora, el sueño puro y de Dalma: un manto blanco, especie de tipóy, cubria en parte sus hechiceras formas, dejando descubiertos sus brazos, el nacimiento de su seno, sus formas, como su rostro tenian ese color nítido y transparente que sin ser blanco constituye un encanto irresistible que solo las razas indígenas poseen, sus ojos grandes, negros y enardecidos, con una expresion de apasionada ternura, eran rasgados y húmedos como un rayo de luz á traves del rocío de la aurora, tenia la boca pequeña, fina y delicada, tan encendida como una flor de granado, el cabello abundoso, negro y desenvuelto, cubríale en parte las desnudas formas semejantes á un tipóy de luto; aquella hermosa cabeza parecia

rodeada de un destello azulado que la envolvia en un círculo luminoso producido sin duda por la negrura intensa de su cabello. Sora, la india Chiriguana, era bella como una hurí del séptimo cielo!

—Sora! Sora mia!—dijo el indio prosternado ante la hermosa jóven,—aquí está tu esclavo.

—Dalma!—exclamó ésta incorporándose,—por qué vienes tan tarde? tu Sora, has llorado? tú, Sora, has llorado—¡Mi Sora ha llorado! ¿y por qué?

—Porque ha pensado que Dalma la olvidaba.

—¡¡Olvidarte!! por el gran Pachacamac, luz de mis ojos; no sabes tú que Dalma no te olvidará jamás? que tú eres la blanca estrella de su destino.—La jóven se sonrió con orgullo, asió por una mano á Dalma y descendiendo de la estera.—Ven, le dijo, atrayéndolo hácia el pié del gran árbol.

—Siéntate á mi lado, tengo mucho que decirte.

—Oh! yo tambien, pero antes quiero mirarme en tus negros ojos, quiero aspirar el ámbar de tu puro aliento mas rico y fragancioso que la flor *vírgen*.

Dos lágrimas abrillantaron la negra pupila de la india.

—Te amo rey mio!—murmuró dulcemente;—pero el grande espíritu se opone á que sea tu esposa.

Dalma se estremeció; una palidez mortal cubrió sus tostadas mejillas.

—¿Qué digiste?—articuló.

—Digo, que no seré tu esposa, porque el grande espíritu se opone á esa union.

—¡Qué no serás mi esposa!

—¡Nó!

—¿Y tú dices que amas á Dalma, Sora?

—Sí, lo amo mas que á mi vida, y para probarle mi amor daría toda la sangre de mis venas, pero hay una voluntad superior, que revelada por la boca de un anciano me ordena que te olvide, que huya, por que tu amor traerá espantosos desastres á la tribu y hasta me ordena, que antes de ser del hijo del sol me parta el corazon.

Dalma alzó su frente con orgullo, la sangre generosa de sus

antepasados subió en torbellinos hasta su cabeza; las palabras de Sora le habian herido en mitad del corazon.

—El Inca es noble,—dijo con arrogancia,—el Inca te ama pero tú prefieres á los hijos de tu tribu; mirá Sora, tú eres la vírgen mas hermosa y pura que han visto mis ojos, las mujeres de mi pais no son tan bellas como lo eres tú, los soles de la noche se ocultan avergonzados cuando la brisa orea tu frente, las flores se inclinan cuando se yergue tu gallardo talle mas leve que las flexibles palmeras de la selva, cuando se mueven tus labios Sora, tu voz es una música del cielo, cuando me envuelves en la luz de tu mirada desfallesco de amor y sus destellos enardecidos como los rayos del sol de tu patria empalidecen á la luna que te mira con envidia, yo te amo Sora, y la atraccion de tu recuerdo conduce á Dalma hasta tus piés; pero Dalma no verá mas tus encantos, Dalma no es amado por su reina, Dalma no te volverá á ver, adios Sora, el inca no traerá desastres á tu tribu, adios para siempre.

Sora no se movió.

—Adios!—repitió Dalma alejándose con los ojos bañados en lágrimas.

Entónces la jóven se puso de pié, dió un grito supremo y corriendo hácia su amante lo enlazó por el cuello con ambos brazos, su boca inocente, ávida, buscó por vez primera y como una revelacion del sentimiento de su alma la boca del indio; en aquel beso desesperado se trasmitieron sus almas,

—Sora!—balbuceó Dalma.

—Dalma!—repitió Sora.

—¿Me olvidarás amada mia?

—Antes me revelaré contra el que me mandare semejante crímen.

—¿Y el gran Pachácamac?

—Oh! qué importa, por tu amor prefiero que mi alma vague maldita en la soledad de los bosques.

—Huyamos, Sora de mi alma, huyamos y léjos de tu tribu seremos felices en una choza solitaria que yo tejeré para guardarte á tí; oh! ven reina del sol y de mi vida, ven, mi esquife está

cerca, yo te llevaré en mis brazos, no perdamos tiempo.

Sora vaciló, el acento insinuante de Dalma arrulló por un instante su pensamiento y sin poder rechazar el encanto, sentia ya vencer su voluntad debilitada por el amor, cuando el sonido bien conocido para ella de una flecha voladora cruzó silvando sobre la cabeza de su amante, y en el mismo instante como brotados de la selva aparecieron grupos de indígenas armados de flechas y voleadoras de piedra.

—Huye!—gritó Sora pálida y aterrada,—huye Dalma mio.

El jóven se sonrió con desprecio.

—El Inca no huye—dijo—el Inca muere como los valientes y no se rinde jamás ante una tribu salvaje......

Los indios en tanto con las flechas levantadas las alzaban en actitud de lanzarlas, cuando Sora abriendo sus brazos y cubriendo con ellos el cuerpo del Inca, volvió á los indígenas el rostro serenado por un esfuerzo supremo, y en un extraño lenguaje, quizá guaraní, y el que Dalma no comprendió, lès dijo algunas palabras acompañadas de gestos y ademanes. Los indígenas se prosternaron bajando las flechas, hundieron el rostro entre la yerba miéntras que el mas anciano de ellos les decia:

—Hermanos, Sora nos ordena que respetemos al extranjero.

La mirada feroz y dilatada de lòs indios cayó sobrè Dalma como una amenaza de muerte, pero al mismo tiempo con voz sumisa y muestras de respeto, dijeron todos á una voz poniéndose en pié:—Sora manda, que así sea.

Y huyeron todos en tropel.

—Vamos,—dijo Dalma, enlazando con su brazo la breve cintura de su amada,—vamos Sora.

La jóven se hizo atras.

—No puedo,—exclamó con energía,—tengo un padre anciano á quien no debo abandonar, seria una infame, no, jamás; huye Dalma mio, no puedo seguirte.

—Adios,—balbuceó Dalma con profundo desaliento sin insistir ya,—piensa en mí—agregó—y cuando el sol haya dado tres veces su carrera en los cielos espérame, adios.

—Adios,—murmuró en su oido Sora con acento lúgubre apar-

tándose, y luego deteniéndose en la orilla del Bermejo donde quizá temia una traicion de los indios, quedose largo rato con los ojos fijos en el esquife en cuyo centro de pié empuñando el remo se percibia á la luz indecisa de la oracion, la figura atlética de Dalma, mas de una vez, diciendo adios á su amado agitó con fuerza en el aire una enorme hoja de palmera, que el Inca percibió contestando al saludo con su turbante de plumas.

Sora se alejó de la orilla.—Adios para siempre—repitió llorando,—yo no te veré mas, Dalma, Dalma mio, te he perdido, y la jóven volviendo siempre el rostro bañado de llanto hácia á un punto oscuro que se percibia entre las vueltas del hundoso rio, se dirigió al cercado, llegó á su estera y volvió á tenderse en ella pensando en Dalma.

II

EL FALLO DE LA LOCA.

Era la media noche.

La luna clara y argentada aparecia por intérvalos rasgando los agrupados nubarrones que decoraban el cielo, su luz como un rocío bienhechor inundaba por instantes la selva y á su reflejo se veia en los lindes de un espeso bosquecillo una rústica choza de palmera acabada con hojas de Yatay, y á su puerta sentados en círculo sobre gruesos troncos de árbol algunos indios todos respetuosos con muestras de gran sumision.

Á algunos pasos de distancia y en opuesta direccion estaba Sora amarrada por el talle al tronco gigantesco de una palmera añosa, tenia el rostro pálido, el cabello suelto cubriendo con él las delicadas formas que el tipoy dejaba descubiertas, los ojos bañados en lágrimas silenciosas y las manos unidas sobre el seno con actitud ferviente y resignada. El mas anciano de los indios se puso de pié—Yancatriz, dijo, dirigiéndose á un cacique anciano pálido y contraído,—tu hija Sora, nuestra hermana, es culpable, ha perjurado las leyes inviolables de nuestra tribu.

Yancatriz inclinó la cabeza sin replicar.

—Hermanos;—volvió á decir el jefe indio—Sora, la mas hermosa vírgen chiriguana, ha pisoteado á su antojo nuestra ley, ha amado á un extranjero, al hijo del sol.—

—Su nombre,—dijieron todos á una voz.

—¡Dalma!

—Tu prueba,—exclamó Yancatriz pálido como un cadáver.

—Nuestros hombres la han sorprendido ayer á la puerta de tu misma choza, sus flechas debieron enterrarse todas en el corazon del traidor, pero Sora mintiendo le salvó la vida, tu hija es criminal.

Yancatriz se puso de pié, quiso hablar pero no pudo.

--Si el hermano duda, dijo el indio que ántes hablara—veinte hombres hay de testigos, interróguelos.

—No quiero tus testigos,—dijo el cacique crispado por una desesperacion infinita, mi hija no sabe mentir, á ella se lo preguntaré.

—Ella no te dirá verdad.

Yancatriz se sonrió con desprecio.

—Sora, hija mia— dijo dulcemente apróximándose á la jóven—es cierto lo que mis hermanos dicen, que ayer nuestros hombres te han sorprendido con el hijo del sol.

—Cierto, padre, yo he mentido para salvarlo de una muerte segura, los feroces Tobas respetaron mi voz creyendo mi palabra y yo fuí feliz salvando á mi amado.

Yancatriz se dejó caer exánime, su desgraciada hija estaba convicta y confesa.

—Ya lo vez,—exclamó el jefe anciano,—ella lo declara.

—Nos llama feroces dijeron algunas voces.

—¡Que muera!

—Sí; que muera,—repitió el indio jefe, su castigo será ejemplar, es la única mujer de nuestra tribu que ha olvidado nuestras leyes y amado á un extranjero, ha faltado y va á morir.

El anciano tomó una fina varita de madera negra, dura como una ballena y golpeó con ella en una enorme piedra que descansaba á su lado, un eco plañidero, una vibracion finísima pobló la selva, cual si fuera el tañido de una campana de oro,

pasaron algunos momentos, el ruido que producen las ramas al apartarse y al mismo tiempo el paso de una persona al cruzar sobre la maleza, se dejó oir.

Una mujer apareció, llegóse al árbol en que estaba amarrada Sora y parándose ante ella, miróla con feroz complacencia, luego avanzó, y se detuvo ante el consejo.

—¡Es la hija de Yancatriz! dijo.

—Sí, contestó el indio, es mi hija; ¿qué quieres?

—Que muera.

—Y morirá, dijeron todos á una voz.

—Cuando? interrumpió el jefe.

—Mañana cuando haya terminado el sol su carrera, cuando su último rayo se haya ocultado en las nubes, Sora arderá en la pira como ardió tu hija en la choza.... y Farú con la mirada dilatada y fosforecente se volvió á Yancatriz, quedóse un instante insimismada y luego una risa satánica de horrible complacencia contrajo su hundida boca.

Yancatriz, dijo al indio convulsivo de ódio y de dolor—Sora, es tu hija, la hija de la cristiana.

Sora ha sido perjura á las leyes de la tribu, el inca la ha hechizado, debe morir.

El indio habíase cubierto el rostro con ambas manos y gruesas lágrimas corrieron de sus ojos.

—¿El hermano se opone al fallo de la sabia Farú? dijo el jefe interrogando al infeliz padre.

—No; dijo este, cúmplase la voluntad del grande espíritu, pero Yancatriz quiere morir con su hija.

—¿Que dice mi hermana? preguntó el jefe á Farú.

La loca llevóse el dedo á la frente, pensó un instante y luego con diabólica complacencia dictó.

—No, él vivirá, asi me lo ordena el grande espíritu, cúmplase mi voluntad dice y se cumplirá. Sora tiene que morir y morirá sola, quemada y arderá entre las llamas como ardió mi Lila, Yancatriz tendrá que sufrir como sufrió Farú, y la loca perdíendo por completo la lucidez anterior, las llamas, dijo, el fuego, la choza, te acuerdas? si como mi hija arderá tu hija, como sufrió

Farú sufrirás tú y lanzando una carcajada hueca que repitieron los ecos se alejó perdiéndose confundida entre la niebla.

Diremos algo de Farú, aquella mujer era considerada entre las salvajes tribus del Chaco como una especie de sacerdotiza iluminada por el grande espíritu y sus palabras muchas veces dictadas por la demencia era para los indios la palabra de Dios. En sus primeros años debió ser hermosa, pues conservaba vestigios de una antigua belleza evaporada por el tiempo y la demencia. En sus grandes ojos de intenso negro lucia con frecuencia un rayo de insaciable malignidad.

—La historia de Farú era mas bien una trajedia espantosa con todos sus detalles y de lo que apenas narraremos algunos episodios que se relacionan con lo que aquí escribimos.

Farú era hija de un gefe Chiriguano, indio prestigioso y respetado; á los diez y siete años, la jóven india amó con toda su alma á Yancatriz, cacique Toba, valiente y querido por las tribus vecinas, sobre todo por *Imácue*, padre de Farú; la jóven fué esposa de Yancatriz y este que solo amaba en ella la pureza de sus encantos, se hastió bien pronto de ella así que la hizo suya, algun tiempo despues Yancatriz en sus largas correrias por las costas paraguayas, cautivó á una jóven cristiana y despreció por completo á su esposa que lo amaba tiernamente. La bella Farú comenzó á odiar á Nina, pero madre de una hermosa niña, fruto de amor en un año de matrimonio, se resignó á sufrir por esa ternura que hasta en la mujer salvaje se dispierta cuando es madre. Farú era esclava de la cristiana, esto es de la amante de su esposo y si se hubiera resistido, Yancatriz la hubiera muerto en el acto. Farú sufria todo género de atrocidades esperando con fé en el término de sus dolores. Una tarde fatigada y llorosa regresaba sola á su choza, cuando el olor acre de la yerba seca quemada trajo hasta ella, el viento de la tarde, buscó con la mirada y sus ojos descubrieron un resplandor rojizo que se alzaba sobre la selva subiendo hasta las nubes en negras columnas de humo; Farú apretó el paso, de pronto arrojó un agudo grito.

—Es mi choza, dijo y como un rayo se lanzó á la carrera en direccion al incendio.

La infeliz llegó jadeante, vió arder su choza y solo un grito de espantosa desesperacion se exhaló de su pecho.

—Yancatriz, salva á nuestra hija.

Pero el criminal de pié, á la luz rojiza de las colosales llamas, se sonrió cual si aquel grito de supremo dolor complaciese su alma.

—Yancatriz volvió á gritar sacudiéndole el brazo, salva á nuestra hija.

El mismo silencio respondió á la infeliz madre, entónces precipitándose entre las llamas.

—Maldito seas entrañas de jaguar! dijo y desapareció en un torbellino de fuego, dos veces se oyó un grito desesperado que repetia:

Mi hija! mi hija! despues, nada un silencio fúnebre, solo interrumpido por el chisporroteo del fuego.

Yancatriz con la cristiana asida de la mano, sañudo, impasible miraba el centro de la encendida pira, creyendo percibir el rostro de su víctima contraido por una agonía espantosa. De pronto una carcajada histérica dominó el horror de aquel cuadro horrible.

Farú con la larga cabellera destrenzada y ardiendo en partes, con el cútis quemado, horriblemente fruncido, se lanzó puñal en mano sobre la cristiana cautiva y dando con ella en tierra, la oprimió convulsiva en sus brazos.

—Muere perra infiel, dijo y enterró en el corazon de Nina el puñal hasta el mango, Yáncatriz arrojó un agudo grito, se precipitó sobre el horrible grupo, pero ya era tarde. La loca ébria por el odio y enardecida por el insoportable dolor de sus heridas, dejó á la cristiana ya cadáver y se precipitó hácia el indio estático ante el cadáver de Nina.

—Tú tambien, dijo, sacudiendo su larga cabellera enrojecida con la sangre de su rival. Tú tambien, muere, y tomando al indio con sus brazos lucharon ambos un segundo, por fin cayeron en tierra, revolcáronse un instante mas, en un pugilato repugnante, pero la madre loca prestándole una fuerza superior, el deseo de la venganza y la desesperacion infinita de que estaba poseida, venció: acertóle una feroz cuchillada al indio, sofocado ya por la presion de una mano de Farú que oprimia

su garganta y arrojando un grito de dolor llevóse las manos al costado izquierdo donde Farú lo hiriera: esta se alzó. Malditos sean por una eternidad, dijo, y dando con el pié á ambos cadáveres, desapareció de allí presa de un estravio delirante, miéntras que entonaba con voz lúgubre y tristísima un arrullo interminable entremezclando á sus notas el nombre de su hija, Lila.

Sabido es, que entre todos los indios del mundo, los locos les inspiran un respeto soberano y en aquellas tribus salvajes Farú ya poseida de frenéticos accesos, ya en frecuentes y lucidos momentos fué mirada con supersticioso terror, la creian enviada del cielo y que el grande espíritu dictaba sus palabras. Los jefes en sus consejos como en las guerras consultaban á Farú y ella decidia, aplicando el fallo, como en el caso de Sora.

Farú, pues, era una especie de sacerdotiza divina, cuya profética palabra dictada muchas veces por un rapto de demencia, era escuchada con fanatismo por los indios siempre dispuesto á creer lo sobrenatural, lo maravilloso; su palabra iluminaba el porvenir y predicando el destino de los pueblos era el ídolo de las tribus.

Fáltanos decir que Yancatriz milagrosamente salvado fué restituido, á la vida despues de la herida mortal que le infiriera la loca.

III.

REVELACION.

Ha amanecido un dia triste y nublado. La niebla evaporándose de los profundos valles cubre la vírgen selva como un sudario colosal.

Es el dia del suplicio, y Sora, la hermosa india, vá á ser pasto de las llamas. La naturaleza entera parece resistirse á tan bárbaro espectáculo y casi inanimada ha enmudecido en sus mas dulces armonías. El sol ocultando sus rayos de oro envuelve á la selva en raudales de blanquísimos vapores, menos blancos sin embargo que el alma casta y purísima de Sora. Las palmeras, esos árboles tan poéticos y bellos que cruzan sobre la márgen del Bermejo, exha-

laban al suave balance de la brisa un quejido débil, pero perceptible como una voz humana; las aves callaban asustadas con la fúnebre tristeza de aquel dia fatal y hasta las ondas del gran rio parecian murmurar lamentos, voces extrañas que envueltas en cada ola vibraban al chocar sobres las piedras de la orilla un nombre querido que Dalma repitió mil veces y que las ondas y las selvas lo aprendieron.

Sentado sobre un monton de afiladas piedras se veia á Yáncatriz, no lloraba, pero sus ojos lucian con una mirada que podia muy bien confundirse con un principio de demencia.

Estaba pálido, contraido y volviendo con frecuencia la cabeza hácia atrás parecia esperar algo.

La hojarasca sonó de pronto, se entreabrieron las ramas y un hombre apareció; era Dalma, Dalma mas hermoso que nunca, con la risada melena á la espalda, la boca contraida y la mirada inflamada de una luz fosfórica, transfigurado, sublime en su dolor.

Llegóse al indio y deteniéndose ante él interrógolo con la mirada y la palabra.

—¿Cuándo arderá la pira?—dijo.

—Cuándo el sol se haya ocultado en el cielo—murmuró Yáncatriz enjugando sus lágrimas.

—Sora, luz de mis ojos¡—esclamó Dalma prosternándose un instante miéntras que elevaba su mirada al cielo—yo te salvaré, pero si fuera tarde—agregó alzándose con las manos crispadas por el furor—si la pira ardiera y mi amor te perdiera para siempre: ay de la tribu! ay de sus hombres! Dalma se vengará—y el Inca volviéndose se internó de nuevo en la selva.

Yáncatriz quedó abismado, luego juntando las secas manos sobre el pecho.

—¡Que el grande espíritu te ilumine—dijo, y dejó caer la cabeza con profundo desaliento.

—Yáncatriz—murmuró á su oido una voz hueca.

El indio receloso se volvió.

—Farú!!—murmuró poniéndose de pié.

—¿Y de qué te asombras, no me has llamado?

—Sí.

—¿Qué quieres?

—Que salves á Sora.

Farú lanzó una carcajada, sus ojos despidieron llamas y lívida por la pasion de un odio implacable.

—¡Salvarla!—repitió—¡salvarla, cuando la aborresco, cuando ella es mi venganza!

—Mira, Yáncatriz, si el suplicio de Sora pudiera trocarse, yo inventaria otro mayor; ¿sabes que haria? la encerraria en la cueva de los jaguares para que la devoraran viva.

—Fiera!—gritó el infeliz padre horrorizado—tú eres peor que los tigres.

La loca se sonrió con feroz complacencia—¡Cuánto la ama!—se dijo mirando el dolor del indio.

Yáncatriz alzó la cabeza, dió un paso hácia Farú.

—Si tú supierais quien es Sora, esa inocente niña que tanto martirizas y que vas á sacrificar.........

Farú no lo dejó concluir.

—Si yo supiera!—dijo—y que creis tú acaso insensato que Farú no sabe todo lo que quiere saber?

—No perdamos tiempo, tengo que revelarte un gran secreto, no pongo en duda el don de adivinacion que te atribuye la tribu pero algo se ha ocultado á tu divina ciencia.

—Habla y concluye pronto, es tarde y no quiero que arda la pira sin estar yo allí.

—Sora no irá á la pira.

—¿Qué dices?

—Qué tú salvarás á Sora.

—¿Qué dice este hombre?—volvió á repetir Farú sin comprender á Yáncatriz.

—Digo—balbuceó el indio con la voz entrecortada por la emocion—que Sora es tu hija, es nuestra hija, es Lila.

—Mientes!—gritó la india con la mirada estraviada—mientes, tú mataste á mi Lila, yo no tengo hija, tú la abrazaste entre las llamas de la choza: ¿te acuerdas cómo ardió mi Lila, mi rosa blanca? pues semejante á entónces la hija de la cristiana, Nina, arderá hoy en la pira, yo misma le empujaré á las llamas, y Farú reirá de su agonía, Farú odia á Yáncatriz y á Sora.

—Escúchame—dijo Yáncatriz—yo no te engañaré, que el

grande espíritu maldiga y condene á su esclavo si no te dice la verdad---y el indio cayendo de rodillas se tendió boca abajo sobre la arena, hizo algunos signos misteriosos que Farú sin duda comprendió, porque como dominada por algo supremo, solemne, infinito.

---Habla---dijo---los hombres de tu tribu no juran en vano:

La voz de Yáncatriz visiblemente conmovida de emocion balbuceó:

---Sora es tu hija, yo la saqué de las llamas ántes que tu llegaras al incendio, la cristiana jámas me dió hijos. Sora ó Lila es tu hija es un pedazo de tus mismas entrañas, Farú tú eres su madre, Farú no seas parricida.

El anciano cacique se desplomó; las fuerzas agotadas por efecto de la revelacion que acababa de hacer se enervaron por completo, abrió los brazos y cayó inerte sobre la seca yerba, Farú dió un grito convulsivo y con los ojos fuera de las órbitas, presa de un estravío horrible se inclinó sobre el indio desmayado, sacó de su cintura un afilado puñal.---Si has mentido---dijo--- tus ojos no verán la luz del nuevo sol y si has dicho verdad que el grande espíritu condene á Farú---y la loca infeliz, ebria de un odio insaciable atravezó de un solo golpe el corazon ya agonizante de Yáncatriz.

IV.

EL SUPLICIO.

---Oh! que cambiada está Sora! La luna es menos pálida que sus mejillas, que su frente blanca y nítida como la hoja perfumada del azahar, la intensa pupila de sus negros ojos se apaga por intérvalos, como la luz de esas antorchas fátuas que fabrican los indígenas con maderas resinosas y que se apagan y se encienden segun las oscilaciones que les imprime el viento de la noche. Los negros ojos de Sora semejantes á esas teas fantásticas se apagan y luego se abrillantan, lanzan un destello divino producido por el recuerdo fánatico de Dalma.

Está tranquila, una resignacion incomprensible se nota espar-

cida en su rostro y en una sonrisa de inefable bienestar y dicha, entreabre sus labios empalidecidos por la pena moral. Una cuerda de lana enlazada á su delicado talle la amarra, anudada al tronco de una enorme palmera. Cíñele la cintura hasta la rodilla una manta blanca y tupida. La abundosa cabellera, como un negro giron de la noche, desciende de su cabeza en azulados espirales por sus hombros y su seno descubierto, envolviéndola como en un ancho manto de crespon, está tan bella, tan pura é interesante en medio de su sublime sacrificio de su inmenso dolor, que los indios que la custodian vuelven el rostro sin mirarla horrorizados del suplicio á que esta condenada. La jóven alza de vez en cuando sus ojos al cielo, piensa en Dalma y en Dios.

Sora no habia sido bautizada, pero sus creencias y sus aspiraciones eran de cristiana, su amante habíala iniciado en los misterios de la religion católica y ella habia escuchado con fé aquella santa doctrina, habia acatado sus preceptos y en el supremo instante de su vida esperaba confiada la resurrecion de su alma en otro mundo mejor. El alma casta de Sora parecia desprenderse y convertida en blanca emanacion circundar su cabeza prestándole un encanto misterioso, sobrehumano, algo como una nubecilla luminosa flotaba en torno de su frente, era sin duda el espíritu puro que se exhalaba en frecuentes suspiros de su boca.

De pronto los indios que la guardaban formando un cuadro se apartaron dejando un ancho claro, un gefe anciano penetró por él llegando á Sora.

—Hija de Yáncatriz—dijo con entonacion solemne—aun puedes salvarte, la tribu entera pide gracia para tí.

La jóven alzó sus grandes ojos medios apagados por el dolor, fijólos tranquila en el indio y esperó, éste prosiguió:

—Puedes salvarte, para ello solo pronunciarás algunas palabras y esa hoguera que se alza hoy, será desapilada y arrojada al viento sin arder.

—Hable el hermano—dijo Sora—yo diré lo que mi hermano me indique.

—Sora, hija de Yáncatriz—repuso el gefe animado por las palabras de la jóven—dobla tus rodillas.

Un indio jóven se acercó á la víctima, aflojó la cuerda que la oprimia el talle y Sora obedeciendo postróse en tierra.

—Ahora añadió el gefe—alza la voz, maldice tu amor sacrílego reniega del Inca y jura por las leyes de tu tribu, por el grande espíritu, odio y exterminio al extranjero.

Sora semejante á una leona herida se alzó altiva, soberbia de dignidad y grandeza, sacudió la destrensada cabellera y con la voz inflamada por el corage.

—¡Bendito sea el Inca—gritó—bendito sea su amor, maldita las leyes de mi tribu que me separan de él en la tierra y bendita la voluntad del Dios único y verdadero que reunirá á Dalma y á Sora en el cielo!

Los gefes horrorizados se miraron con asombro como dudando de lo que habian oido, luego el indio que interrogára á la jóven hizo una seña, algunos indígenas se acercaron, uno de ellos desarrolló una cuerda que llevaba al rededor de su cintura y acercándose á la jóven expléndida de amor y de cristiana fé tomóle las manos, las unió enlazadas con la tosca cuerda y luego á una nueva seña del gefe comenzó la horrible tortura, semejante á un torniquete de hierro el cordel retorcido por la hérculea fuerza del indígena trituraba las delicadas muñecas de la víctima, algunos gritos desgarradores se exhalaron de la boca de Sora, miéntras que repetia con angustiosa voz:

—¡Dios mio, tened piedad de mí!

—Blásfema—dijo el gefe indio—has maldecido las leyes de tu tribu, sus leyes y su religion, has invocado el Dios de los cristianos y ahora vas á renegar de ese Dios y de ese amor sacrílego.

Sora se sonrió.

—¡Mátame—dijo—pero moriré creyendo y amando!

Los indios se miraron con estupor, en tanto la cuerda crugia penetrando en la carne tocando ya al hueso, la jóven comenzo á lanzar gritos cada vez mayores.

—Vas á morir en la hoguera—dijo el gefe—y tus cenizas serán arrojadas al viento malditas por toda una eternidad.

—Desprecio tus amenazas—dijo Sora suspendiendo sus ayes de dolor— esparce mis cenizas, maldícelas por toda una eter-

nidad, no importa, mi alma pura subirá á Dios y allá seré esposa de Dalma, en el cielo.

Con su última palabra se doblegó su frente y enervada por horribles dolores dejóse caer inerte con la pesadez de un cadáver, el indio descorrió la cuerda, aflojó el nudo y libres del tormento, cayeron á lo largo de su cuerpo las muñecas mutiladas de la víctima; Sora, desmayada al pié del árbol, doblada la hermosa cabeza ya coronada por el martirio, parecia un ángel dormido con la santa resignacion de los mártires impresa en el rostro.

La bella niña Emeranciana no fué sin duda mas sublime que Sora en su hermoso sacrificio.

Un indígena desató la cuerda que la amarraba al árbol, y queriendo hacerla andar---levántate---dijo; Sora gimió, lanzó un suspiro y abriendo los ojos:

—No puedo!---articuló---ay! ay!

—Yo te ayudaré---dijo el indio compadecido de tanto dolor y hermosura, la jóven con las manos horriblemente mutiladas probó á ponerse en pié, pero al apoyarse en el brazo del indio arrojó un grito sin nombre, de supremo sufrimiento, arrancado por la fuerza del dolor que la torturaba, volvió á alzarse y ayudado por el indio lanzando desgarradores ayes se encaminó á la pira.

En tanto la tribu entera, mujeres y niños, jóvenes y ancianos, se agitaban en torno de la encendida hoguera. Un silencio sepulcral reinaba en el sitio fatal, todas las miradas se detenian sobre la indefensa víctima, esperaban anciosos el sacrificio.

Lo mismo en las tribus salvajes, que en los llanos de la pampa, que en los pueblos civilizados, que en las grandes ciudades, es repugnante el espectáculo que ofrece ese pueblo ávido, siempre curioso y dispuesto á presenciar una ejecucion, con igual regocijo, con igual alegria que si fuera á presenciar una funcion teatral. El pueblo madruga, se atropella, sube, se revuelve, brama como una ola inmensa, invade la plaza de la ejecucion y quieren disputarse el derecho salvaje de ver

el espectáculo, verlo todo, oirlo todo, la detonacion, el desplome del infeliz reo que se revuelve con las postreras convulsiones de la agonía, su última palabra, su vacilacion ó energía, la ferocidad de que hace alarde, ó el respeto religioso que lo postra en la última prueba de la vida del criminal, quieren, en fin, escuchar el estertor de la agonía, y por último al desfilar la tropa desfila el pueblo tambien con la intencion. ¡Impios! de palpar el cadáver aun tibio, de observar la espresion que contrae su rostro empalidecido por la muerte y ese pueblo no se compone solo de hombres, no; allí se ven mujeres y niños, hasta lujosas damas en conocidos carruajes, como se vieron en la última ejecucion que tuvo lugar en Buenos Aires. en la plaza chica, tras el cementerio de la Recoleta. Verguenza! horrible deprabacion que estremece el alma sintiendo un desprecio infinito, hácia esos seres cuyos corazones desprovistos de todo noble y humanitario sentimiento, inspiran solo horror y una idea de ináudita ferocidad..

La voz del jefe se dejó oir—Sora! dijo—vas á morir—el grande espíritu ha inspirado á Farú y su fallo te condena á la hoguera, prepárate y que el grande te perdone.

—Mi alma está con Dios, mi pensamiento en Dalma,— exclamó la jóven y tomando aliento un segundo—prosiguió: Los hombres de mi tribu son malos, la maldicion de Dios caerá sobre ellos, el inca se vengará y ay de la tribu—la selva se enrojecerá con sangre toba y el fuego incendiando todo, devorará las chozas—y la hermosa india ya próxima á la pira, entonó con voz lúgubre y quejumbrosa como la armonía de la muerte un canto divino, eco celestial del alma inspirado por el recuerdo fanático del inca.

Dalma, rey mio, tu esclava fiel vá á morir por tí. Cuando el sol se oculte, Sora arderá en la pira, y este cuerpo que tanto amó Dalma, solo será tíbia ceniza que el viento de la noche depositará á sus piés.

El deliquio sublime del amor lo hallaremos en el cielo, allí donde se ama con la pureza de los ángeles. Mi alma vivirá y el espíritu de Sora vagando entre las tinieblas de la aurora ó en-

tre los vapores indefinibles del crepúsculo de la noche, seguirá al amado de su alma imprimiendo en su hermosa frente ósculos impalpables.

Dalma—entonó la jóven ya en el centro de la hoguera que comenzaba á arder—Dalma hermoso, Dalma valiente, inca noble, muero tranquila con la fe de los mártires, espero en la union indisoluble de nuestras almas, en las salas azules de claridad inmortal. Selva vírgen de mi patria, escucha el dulce nombre de Dalma para que en eternos himnos lo repitas siempre, auras vagaroras de la noche, repetid entre los oscuros besos del alba el nombre de mi amado. Olas adormecidas del Bermejo, escuchad el nombre de Dalma y repetid como lo repite Sora al desmayar tus perezosas espumas sobre la desierta playa. Palmeras de los bosques, sacudid el verde penacho de tus ramas y guardad entre los abanicos de tus hojas, dos nombres eternamente unidos: Sora y Dalma.

El humo ahogaba por intérvalos la voz de la animosa jóven; las llamas como infernales lenguas de fuego cercaban su cuerpo; gruesas espirales de humo la envolvian y solo su eco se escuchaba con asombro de todos.

El viento remolineando hizo oscilar la humareda y en el despejo rápido de las llamas, sé pudo ver á Sora, en el centro de la pira, con los brazos alzados al cielo todavia de pié y se oyó su acento que apénas se percibia, repitiendo:

—¡Adios padre! adios Dalma, hasta el cielo: adios!—Las llamas la cubrieron y nada se vió ya...

En aquel mismo instante los indígenas en crecido número arrojaron casi á la vez un alarido salvaje; millares de flechas como venidas del cielo cayeron sobre ellos y otros tantos indios de distintas y enemigas tribus, con el inca á la cabeza se precipitaron como una tromba infernal sobre los indios tobas y una lucha sangrienta se produjo allí. En medio de la horrible confusion, una voz frenética dominó el fragor de la pelea, era la voz de Farú que tarde llegaba para salvar á su inocente hija, abrióse paso entre la feroz matanza y llegando al borde de la pira, penetró envuelta entre el humo y las llamas, trepó por los abrasados leños; un gemido, un llanto de agonía, último eco de la dulce voz de Sora llego á Farú.

—¡Mi hija,—Lila!—gritó la loca arrojándose en el centro del incendio, Sora estaba aun de pié; Farú abrió sus brazos cubrió con su propio cuerpo el cuerpo chamusqueado de su inocente hija y como el ángel sublime de la salvacion, cruzó el espacio incendiado y libre de las llamas, huyó con la jóven inanimada en los brazos.

¡Farú la loca era madre y las madres son capaces de todo por un hijo!

V.

ÚLTIMOS INSTANTES DE LOS DOS AMANTES.

El vaticinio de Sora se habia cumplido, el campo toba ardia preso de un fuego voraz, cientos de cadáveres aun palpitantes se retorcian requemados en espantosa agonía. La selva dando incremento ardia como una hoguera colosal; los pocos seres que escapaban de aquel volcan ardiente, huian buscando un refugio en las orillas del Bermejo, unos llegaban, otros caian sofocados por el humo de la mortífera atmósfera; las fieras horrorizadas se lanzaban temblorosas de espanto fuera de la encendida selva, y deslumbradas por la voracidad de las llamas agrupábanse mezcladas con los hombres sin asertar con la direccion salvadora. Las aves sorprendidas en su nido remontaban el vuelo, mas la espesa humareda cambiaba el giro de sus trémulas alas y caian convulsivas sobre la requemada yerba: los árboles añosos invadidos desde su base por el fuego, retorcian sus viejos corazones y sus cabezas agigantadas se doblaban en tierra y hasta la ceniza de su corteza era consumida en breve. Las palmeras aguardentosas, se resistian, exhalaban quejidos—mudos que el monstruo parecia no comprender, sus troncos nudosos se abrian con estrépido y semejantes á un casco incendiado de aguardiente, producian una detonacion al lanzar fuera la sabia alcohólica de sus entrañas.

De tiempo en tiempo un alarido salvaje, una imprecacion horrible era envuelta con el chisporroteo de las llamas. Las tribus enemigas despues de una lucha desigual y san-

grienta en que salieron vencedores, devastaron todo lo que se opuso á su paso, sacrificaron hombres, mujeres y niños, sin dejar uno solo, luego prendieron fuego á la selva, y creyendo muerto á Dalma en el combate, emprendieron la fuga en direccion á su campo, despues de esto, todo se convirtió en un volcan y muy pronto aquella riquísima vegetacion se redujo á un monton de pavesa...

....

....

La luna espantada de tantos horrores, lívida cruzaba el ahumado cielo envuelta la plateada faz en entulados crespones.

Ni una sola vibracion humana interrumpia el silencio de la media noche, solo de tiempo en tiempo se oia rechinar algun tronco abrasado que hecho carbon se dividia en fragmentos.

Un hombre solo, aislado sobre el pico escarpado de un cerrillo, contemplaba fiero y contraido el horrible espectáculo de la muerta naturaleza; de pié imponente como el ángel esterminador de la venganza, detenia su mirada sobre la abrasada selva, volviéndola en seguida al cielo cual si buscára en él el término á sus dolores ó la promesa de una dicha evaporada en la tierra. El viento de la noche saturado de lejanos perfumes azotaba su altiva frente, su negra melena, y la mensajera de los castos amores rasgando su enlutado lecho de nubes, aparecia en una brecha del azul del cielo como una farola de nácar suspendida de la bóveda eternal, iluminando con sus rayos la figura fantástica del Inca.

Mudo, estático en una contemplacion del alma, el jóven indio soñaba sin dormir; parecíale ver el espíritu impalpable y gentil de su adorada vagar como una rosada nubecilla entre los vapores ténues del firmamento, creía oir su voz en el blando murmurio de las hojas, sus ojos se cerraron, doblarónse sus rodillas y balbuceando el nombre de Sora como una plegaria de eterna adoracion, quedóse postrado en actitud de orar. De pronto un gemido como el eco quejumbroso de una voz humana, interrumpió el mutismo solemne de su alma sumida en un éxtasis divino, el indio vuelto

en sí de su amoroso arrobamiento escuchó un instante, el gemido se repite y Dalma dando un grito indefinible se lanza en carrera por las escarpadas grietas, en su rápido descenso se detiene, el gemido se oye mas cerca, á su lado, vuelve los ojos en derredor y percibe á pocos pasos un monton de hojas frescas de laurel y timbó, y sobre ellos el cuerpo de un ser humano, Dalma corre allá, se inclina temblando de esperanza y al fijar sus ojos sobre aquel rostro empalidecido por la muerte, lanza un grito cayendo de rodillas, luego restrégase los ojos, aparta ansioso el cabello que cubre en parte la frente de la moribunda y en aquel mismo instante la luna iluminando su pálido semblante, muestra á Dalma la verdad. Un sollozo inmenso alza su noble pecho—¡Sora!—dice con una inflexion indefinible y tomando en sus brazos el cuerpo mutilado de su amada, apreta con sus labios ardientes la boca helada de Sora, busca en sus divinos ojos un rayo de luz y solo encuentra la enturbiada retina velada por el postrer vapor de la vida, su corazon late, pero tan débilmente que apénas un leve soplo entreabre su boca inanimada; muere sin resistencia como mueren los ángeles y las aves.

Gruesas lágrimas se desprenden de los ojos del Inca, aquellas lágrimas empapan la frente de la moribunda y parecen condensarse sobre su bella cabeza formando una auréola de perlas luminosas, millares de besos imprime sobre su boca, sus manos, sus ojos y hasta sus castos hombros.

—Sora! alma mia—le dice,—Dalma no quiere que mueras, vive luz de tu dueño, vive, que para reconstruir tu vida, yo te daré la sangre de mis venas, yo calentaré con mi aliento tu corazon, yo te daré la vida con mis besos, y el infeliz amante trastornado con un dolor superior á las humanas fuerzas arrullaba convulsivo contra sus brazos el cuerpo yerto de la hermosa india. Ésta sin duda en medio de su eterno sueño sintió el duelo que despedazaba el alma de su amado, y volviendo por una suprema permision un instante á la vida, pareció conmoverse, abrió los negros ojos mas diáfanos y brillantes, bañados de una luz, de un fulgor inmortal, lanzó un ligero grito reconociendo á su amado:

—¡Dalma!!—dijo—gracias Dios mio,—y buscando febril los

labios de Dalma sellaron sus almas un beso supremo, infinito, desesperado con el afan de la última caricia, aquel beso era la promesa inmaculada, el juramento eterno de sus corazones, promesa evaporada en la tierra y cuya realizacion dulce é inmortal lo esperan los mártires en el cielo, aquel beso era el alma entera de Sora confundiéndose al desprenderse de la materia con el alma enamorada de su amado. Sus labios animados un instante por un calor desconocido, enfriáronse poco á poco sobre la boca de Dalma, sus brazos se desprendieron suavemente, lanzó un leve suspiro; su boca yerta como el mármol se comprimió tres veces para volverse á abrir, sus ojos se entornaron, y fijándolos dulcemente en los ojos de Dalma, se cerraron para siempre cayendo su cabeza atras.

La luna! esa lámpara sepulcral que ilumina tantos dolores durante las horas de su rápido reinado, rasgó las enturbiadas nubes, se detuvo fija en medio de los cielos desprendiendo un destello de su corona de luces menos puro sinembargo que la vírgen muerta, circundó su cabeza y su luz temblorosa de codicia, recibió el último suspiro de Sora, luego formó en un instante un foco luminoso sobre la frente abatida del Inca, rodeoló cariñoso un torbellino de ténues reflejos y replegándose sobre su propio rastro, subió el alma blanca de Sora confundida con los rayos transparentes de la luna.

—Dalma no te sobrevivirá—murmuró el Inca con la voz vibrante de lágrimas,—el quiere morir con Sora, amada mia, allá serás mi esposa, allá en una union indisoluble vivirán unidas eternamente nuestras almas, y al hablar así, señalaba al cielo.—

Postrado ante la jóven permaneció un instante, luego poniéndose de pié tomó en sus brazos el cadáver y se encaminó á la orilla del rio, al cruzar un sendero un cuerpo extraño lo detuvo, era el cadáver de la infeliz Farú horriblemente llagado por el fuego y muerta despues de haber depositado á su hija sobre un monton de hojas frescas de laurel, la infeliz no pudo volver al socorro de Sora ya agonizante, sorprendióle la muerte en momentos de traer un manojo de yerbas medicinales para templar el dolor de las heridas de su inocente hija sacrificada por ella.—Hija mia, mi

Lila.—fué lo único ya que articularon sus lívidos lábios, despues espiró.

El Inca dió con el pié al cadáver de Farú, llegó á la orilla y oprimiendo contra su pecho el cadáver de Sora en los brazos, unió su boca á la yerta boca de ésta y precipitándose en las aguas, buscó una tumba digna de su amor sublime en el fondo del Bermejo.

Un instante despues dos blancas nubecillas surgían de las aguas, flotaban un instante sobre la quieta superficie y luego elevándose en el aire, subian al cielo confundiéndose con los rosados albores de la aurora, eran el alma de Sora y de Dalma convertidas en celeste emanacion.

ANACOANA.

(NOVELA HISTORICA.)

POR

TEMISTOCLES AVELLA.

CAPITULO I.

LAS ESPOSAS CONVERTIDAS EN BRAZALETES.

Por una de las islas del archipiélago que Colon llamó Jardines de la Reina, pasa un rio no muy caudaloso que desemboca en el Océano Atlântico. Á orillas de este rio, la naturaleza parece que ha querido desplegar, hasta casi agotar su poder, sus exuberantes galas. Al oriente se levantan grupos desiguales de montañas que cortan el horizonte en curvas irregulares, cuando la nieve no corona sus cimas. Al occidente se extiende un paisaje divino, que nada tendría que invidiar al ponderado golfo de Nápoles.

Procuraremos describirlo.

El rio pasa por lo mas elevado de una meseta cruzadas de arroyos y adornada de árboles, arbustos y flores: su superficie parece una inmensa alfombra de esmeralda, cuyos vívos y diversos matices son cortados á trechos por fajas de cristal ó por cintas de plata. La meseta va deprimiéndose por muchas leguas en un imperceptible declive, hasta terminar en la playa del mar; y el mar, majestuoso y soberbio, bello é imponente, embravecido unas veces por la tormenta, acariciado otras por el beso de sus brisas, va á confundir léjos, muy lejos, el variado color de sus ondas con el color desvanecido del cielo. Es allí donde uno cree que, levantando un velo trasparente, se puede ver el rostro de Dios....

Á la hora en que el sol se pone es cuando se hace mas interesante este hermoso panorama. Estando el cielo sin nubes, se ve descender y ensancharse poco á poco el disco del sol, como si, no contento con derramar por donde quierá sus rayos, quisiese cobijar ese solo disco el mar y el cielo al llegar á su tumba. El océano á esta hora tiñe sus ondas de púrpura y el sol apaga tras él con pereza sus enrojecidos rayos, como si abdicase con pesar el dominio de este espectáculo.

Á ésta hora y en aquel lugar pasó la escena que vamos á referir, á mediados de Diciembre de 1493.

En la ribera occidental del rio y á la sombra de una robusta encina, se veia un grupo de hombres, armados casi todos, de los cuales dos presentaban las figuras mas interesantes. El uno era de edad ya madura y de fisonomía agradable, imberbe y de un aire tan candoroso, que revelaba una alma de niño en una cabeza de viejo, aun al primer golpe de vista. Miraba con asombro á los que le rodeaban, y parecía causarle mas sorpresa el brillo de una hoja de acero, que los reflejos del mar herido por el sol. Estaba recostado sobre el césped con una indolencia infantil, y no cesaba de hacer las mas pueriles preguntas á los que le acompañaban.

Era el otro un caballero español. Todavia no cumplia cuarenta años, y su aire marcial y digno denotaba bajo aquella edad una alma mucho mas jóven y capaz de pasiones funestas. Sus ojillos redondos y vivos jiraban sin cesar en sus órbitas, y el brillo que despedian tenia la vivacidad de la mirada del águila con algo que revelaba malignidad y astucia. Oprimia los lomos de un caballo andaluz, y se veia obligado á reprimir la impaciencia del fogoso bruto por atender á los nimios caprichos del niño viejo.

Los demas se conocia que eran soldados y oficiales españoles, y casi todos llevaban, como su jefe, una espada de guarnicion dorada pendiente de un ceñidor de cuero.

¿De veras os gusta mi andaluz? preguntó el caballero español al viejo de quien se ha hablado.

—¡Oh, sí! Daría la mitad de mis riquezas por montar un animal tan hermoso.

—Montarlo nada os cuesta: basta que lo querais.

—¿De veras? preguntó el cacique, que tal era, con una alegría que no pudo encubrir.

—Pódeis montar en mi lugar; pero....

—¿Pero qué?

—Os advierto que tendreis que despediros para siempre de vuestra mujer, de vuestra hija y de vuestro pais.

—¿Por qué?....¿me mataria?

—Nó, mataros nó, pero éste caballo es capaz de saltar el mar, tan ancho como lo veis.

—¡Oh! exclamó el cacique estupefacto. No quiero montarlo; no quiero dejar á Anacoana, ni á Corima, ni á mis súbditos.

Y el buen viejo se puso á contemplar alternativamente, ora el caballo famoso, ora el ancho mar.

—Sin embargo... repuso el español.

—¿Sin embargo qué?

—Se puede evitar eso facilmente.

—¿Y como?

—El caballo obedece mi voluntad, como lo veis: refrenándolo se detiene.

—¿Y bien?

—Podeis ir al anca, y yo lo dirijo.

Una casualidad hizo que el cacique entónces se fijase en un objeto diferente. Uno de los soldados presentes abrió su balija para arreglarla, y el cacique alcanzó á ver dentro de ella un par de esposas de acero muy bruñido.

—¿Como llamais eso? preguntó con un movimiento de irresistible curiosidad.

El español de á caballo, que procuraba sacar partido de la sencillez y de la curiosidad del cacique, se apresuró á contestarle:

—Son los brazaletes con que los reyes de España se adornan en los dias de gala.

—¡Oh! exclamó el buen viejo en un arranque de pueril codicia. Diera yo la mitad de mi cacicazgo por ponerme semejante adorno.

—Nada os cuesta: voy á complaceros.

Y el astuto español se apeó de su caballo, tomó las esposas

de acero y las convirtió en brazalètes en los desnudos brazos del infeliz cacique, provocando la irrision de unos y el asombro de otros.

—¿Ahora sí, quereis subir al anca de mi caballo?

Muy envanecido con las atenciones del oficioso español, el cacique, aherrojado como estaba, permitió que le alzasen al anca del fogoso andaluz.

El español montó adelante del cacique; é, indicando las espuelas en los hijares del paciente bruto:

—¡Á Isabela! dijo dando la voz de marcha.

El caballo partió como un rayo y pronto la distancia y las sombras de la noche ocultaron al español, al cacique y á sus compañeros.

Aquel español era el célebre Alonso de Ojeda, que tanto figuró en el descubrimiento del mundo de Colon.

CAPITULO II.

LA FAMILIA DEL CACIQUE.

Una explicacion ántes de proseguir.

Ojeda, hombre audaz y aventurero, habia logrado penetrar hasta los dominios del cacique que ya conocemos. Anacoana, mujer de éste cacique, habia inspirado una vivísima pasion á Ojeda; y éste, respetando la presencia del cacique, trató de alejarlo de la mansion de Anacoana, con miras de favorecer sus pretensiones amorosas. Le habló de la ciudad de Isabela y de las riquezas de los españoles. El flaco del cacique, como se ha visto, era una curiosidad de niño; pero cuando se acordó de su mujer, de su hija y de sus súbditos, de quienes era tan tiernamente amado, casi disistió de sus lisonjeros pensamientos. Ojeda logró que el cacique pasara el rio; pero viendo entónces su resistencia, hubo de recurrir á los medios mas tentadores. Los pretendidos brazaletes y el honor de ir á caballo decidieron al cacique á continuar su marcha, como se ha visto, y le hicieron caer en el lazo que le habia tendido el astuto español.

Traslad émonos ahora á la habitacion de Anacoana.

Las costumbres semícivilizadas de Méjico y el Perú, á tiempo en que Hernan Cortés y los Pizarros conquistaron aquellos paises, parecen ser las mismas que se observaban en casi todas las islas del archipiélago de los Jardines de la Reina; prueba de eso es que Anacoana habitaba un gran palacio de madera, con todas las comodidades que podia apetecer una mujer de su rango. Los habitantes de su comarca tenian creencias como los vasallos de Motezuma, y su gobierno estaba tambien organizado como el de los mismos incas. Eran sumisos á sus caciques, respetaban el derecho de otro y vivian en una armonía social inalterable. Por lo ménos no se podrá negar que allí, como en la mayor parte de las colonias americanas, los conquistados eran mas civilizados que los conquistadores.

Si hubiésemos penetrado en el palacio de Anacoana algunos dias despues de la partida del cacique, habriamos visto dos lindas mujeres procurando sustraerse del calor de un sol de estío á la sombra de unos naranjos. La de mas edad alcanzaria á treinta años. Talle airoso, ojos negros, húmedos y grandes, mirada abrasadora y capaz de comover el frio mármol: hé ahí el exterior de aquella mujer admirable. En las palpitaciones de su seno se creia ver saltar un corazon de fuego, y en su erguida y limpia frente reverberaban los rayos de una imajinacion de sibila. Su voz era un canto; su sonrisa era néctar, aroma y luz; su alma debia ser un himno viviente. Se comprendia, al verla, que era poetisa: se veia en ella la inspiracion ántes de oir sus versos.

Tal era Anacoana.

Corima, hija suya, estaba reclinada y dormida en su seno, como una azucena plegada, sobre el regazo de una musa. Esta niña de quince años tenia una belleza mucho mas fresca pero de ninguna manera superior á la de Anacoana. Participaba á un tiempo del candor de su padre y de la vivesa de su madre. En extremo mimada por Anacoana, se envanecia con los agasajos que se la prodigaban y habia adquirido ese orgullo inocente de la palomita que se engrie con la blancura de sus plumas. En su mano tenia un manojo de azahares, y el aroma de estas flores embalsamaba la atmófera que rodeaba á la madre y á la hija.

Hé aquí los versos que en aquellas circunstancias, improvisaba y cantaba Anacoana, con los ojos clavados en el rostro de Corima:

Duerme, Corima, y que las auras besen,
Tus mejillas teñidas de carmin
Y que las flores que en tu mano tienes
Derramen su perfume sobre tí.

¡Me es tan dulce tenerte en mi regazo,
Y verte bella, jóven y feliz....!
¡Oh, si tu padre, si tu amante padre,
Hoy te estuviese contemplando así....!

Duerme, Corima, y que tu sueño sea
Puro cual lo es tu corazon gentil,
Venturoso, benéfico, tranquilo,
Como el dulce soñar del serafin.

¡Oh, cuánto gozo con tu dicha, niña,
Cuando miro tus labios sonreir,
Cuando bebo el aroma de tu aliento,
Cuando contigo siéntome feliz....!

Detenga el sol su rápida carrera,
Y sus rayos se posen sobre tí:
¡Nunca será mas vivo su destello
Que el amor que mi pecho hace latir!

Esta atrevida estrofa terminó con un beso que la madre estampó en la frente de su hija.

Pero, al contacto de aquellos labios ardientes como una lágrima de amor, la niña despertó.

Anacoana se sorprendió dolorosamente, y en su mirada se pintó una expresion de despecho.

—¿Por qué te he hecho despertar, mi Corima? se preguntó reconviniéndose.

—No, madre mia, no os afaneis. He creido ver pasar junto á mí la sombra de mi padre, y eso me ha despertado.

—¿La sombra de tu padre?

—Sí: ví en sueño su amable faz, y en su mirada habia una expresion triste, como la de una persona que se despide.

—¿Que se despide? Tu vision me contrista, Corima. ¿Qué horrible presentimiento contiene tu sueño?

—¡Yo os lo diré! dijo tras ella una voz conocida.

Y madre é hija se volvieron sorprendidas.

CAPITULO III.

FRANCISCO DE GUEVARA.

Quien habia sorprendido á Anacoana y á Corima era un jóven español de una belleza extraordinaria. Tenia veintiseis años, y en su rostro lo que mas llamaba la atencion eran unos ojos grandes, expresivos, rasgados y garzos como los ojos cautivadores de Abelardo: su mirada era el deleite trasformado en luz. Unas cejas negras y espesas armonizaban perfectamente con los finos cabellos que flotaban en bucles sobre sus hombros. La rosada tez de sus mejillas, las largas pestañas que velaban sus ojos, unos labios rojos y partidos en su mitad por una linea apénas perceptible, una barba negra y bien poblada, y una nariz de delicado perfil, completaban la cabeza de este nuevo Antinoo. En tiempo de las ninfas habria sido tomado por un Apolo humanado.

—¿Teneis algo que decirnos Francisco? preguntó Anacoana con una mezcla de curiosidad y ternura; de curiosidad, por el asunto de que se trataba; de ternura, porque la voz y la presencia de un español siempre la interesaban.

—Perdonad, mi linda Corima, dijo entónces Francisco volviéndose hácia la hija de Anacoana con una gracia inimitable. Desearia hablar á solas con vuestra madre, si me lo permitiéseis.

Corima, al ver no mas al jóven, se habia sonrojado ligeramente, como un lirio sorprendido por el primer rayo de la aurora. Despues se levantó, y se retiró de allí con el rubor en su frente y una llama en el corazon....

—¿Traeis alguna mala noticia? le preguntó Anacoana.

—Muy á pesar mio, respondió el jóven con aire sombrío.

—¡Decídmela por piedad! pero ocultadla á Corima, si se trata de su padre.

—De él se trata, y por eso la he rogado que nos dejase solos.

—Hablad....dijo Anacoana con ansiedad.

—Ojeda le llevó á Isabela, como sabeis, y de allí quiso conducirlo á España.

—¡Pérfido! ¿Y bien?

—Pero en el mar....

—¿En el mar....que? ¡decid!

—Se desencadenó una tempestad horrible....

—¡Oh!

—El cielo se cubrio de nubes; los vientos azotaron con furia las olas del océano; éste se irritó con el soplo de la tormenta, y la nave que los conducia....

—¿Encayó en algun banco de arena?....

—Se hizo pedazos contra una roca.

—¡Cielos! ¿Y todos perecieron!

—Solo Ojeda y dos pilotos pudieron salvarse, gracias á su destreza en la natacion. Los demas, amedrentados con la violencia de la tempestad y arrojados al mar con el terrible sacudimiento de la nave, perecieron sin duda ahogados y perdidos en la inmensidad del océano.

—¡Dioses! exclamó Anacoana en la vehemencia de su dolor. ¿Es esta la suerte que merecía mi esposo?

—Si me lo permites, yo quedaré en su lugar, señora; y si no me es posible reemplazarle por su virtud, á lo menos me concedereis el favor de enjugar vuestras lágrimas.

Este arranque de generosidad en el español hizo saltar lágrimas de gratitud á los ojos de Anacoana, quien le tendió la mano con sincera efusion.

—Seré vuestro hijo, si quereis, continuó Guevara arrebatado, y procuraré imitar á vuestro lado las virtudes del infortunado cacique.

Anacoana no tuvo tiempo de responder. La tierna Corima, al

oir las dolorosas exclamaciones de su madre, habia vuelto sobresaltada.

—Madre mia ¿que sucede?

—Nada, mi querida hija.

—Creí que os hubiesen traido noticias de mi padre....

—Vuestro padre se embarcó para España, hija mia, y ese pais dista mucho de nuestra isla.

—¿Y no habrá esperanza de que vuelva?

—Solo el cielo lo sabe.

Y Anacoana se llevó el índice á los labios, dirigiendo al jóven español una mirada de inteligencia.

Esta mujer, de una fortaleza admirable de espíritu, habia recobrado, con la presencia de Corima, toda su serenidad. En sus ojos se pintó esa mirado triste y profética que parece rasgar el velo del porvenir, y en sus labios apareció la melancólica sonrisa de la resignacion. Corima creyó ver pasar segunda vez la sombra de su padre por el rostro de Anacoana, y á su mente bajó uno de esos vagos destellos que descubren de repente en un mundo desconocido el santuario de la divinidad. Ella comprendió en la mirada de Anacoana que su padre no podia existir ya sino en el cielo y en el corazon de los que le amaban; pero trató de encubrir el dolor que la causaba esta idea, por no aumentar la afliccion de su querida madre.

—Me conformaré con su ausencia, madre mia, si el cielo así lo dispone.

Tales fueron las palabras de Corima.

—Este jóven, dijo Anacoana, desea ser nuestro compañero en vez de tu padre: ¿qué dices?

Corima se sorprendió á esta declaracion, y bajó los ojos sonrojada, en vez de responder.

Francisco de Guevara, que amaba á Corima con la vehemencia del primer amor, la contemplaba ahora bella, tierna, inocente, abriendo su pecho á las primeras impresiones de un amor purísimo, como una blanca flor desplegando tímidamente su cáliz á los rayos del sol que nace.

—Os amais, hijos mios, dijo Anacoana sorprendiendo la mirada amorosa de ambos jóvenes. Los dos sereis felices.

CAPITULO IV.

Á LA LUZ DE LA LUNA.

La noche estaba serena y ni la mas ligera nube empañaba el azul del cielo. La luna brillaba como un globo de plata suspendido del éter y las estrellas mas luminosas parecian ahogarse en el océano de su blanca luz. Todo callaba en aquella hora, y hasta las copas de los árboles estaban silenciosas é inmóviles como si ellas tambien se embriagasen en la dulce atmósfera de aquella enmudecida noche.

Corima y Francisco salieron del palacio de Anacoana, impulsados por el amor de la naturaleza, que es mas profundo y se sublima mas en los corazones que aman. Sus sombras se confundian con las sombras de los árboles, proyectadas sobre el verde prado, y sus suspiros iban á mezclarse sin ruido con la dormida brisa: iban mudos, porque bastante hablaba la naturaleza por ellos.

La jóven Corima, apoyada en el brazo de Francisco, iba absorta en su felicidad, y el jóven español, la frente erguida, hinchado el pecho, orgullosa la mirada, parecia desafiar al destino á que le arrebatase su inmensa dicha.

Así, habrian andado horas enteras, si no hubiesen llegado de repente á un punto en que el horizonte se abria por todas partes, como un círculo ensanchado hasta lo infinito y en que la azul esfera les presentó su desnuda inmensidad.

—¡Mira Corima! exclamó el enamorado jóven deteniéndose y señalando el cielo. Tan inmenso como el espacio es el amor que mi corazon encierra, tan profundo como su azul, tan puro como Dios....¡Tú ya lo has comprendido en mis miradas, como yo he leido el tuyo en tus ojos, Corima; pero era necesario venir aquí para mostrarte la imágen de ese amor en el misterioso silencio de la noche, en la imponente soledad del desierto, en el espectáculo sublime de la naturaleza que duerme! ¿Tú me amas así, Corima?

La tierna niña, por única respuesta, enlazó con sus brazos el cuello de Francisco, y algunas lágrimas de suprema felicidad se desprendieron de sus hermosos ojos.

El jóven amante cayó instintivamente de rodillas, como si hubiese sentido sobre su cabeza el batir de las alas de un ángel....

Anacoana, que habia seguido de léjos á los dos amantes, llegó entónces cerca de ellos, y los sorprendió con estas palabras:

—¡Ya lo veis hijos mios! La noche y el cielo son los testigos de vuestra felicidad: á mí me toca ser la sacerdotisa que os despose.

Apénas acabó Anacoana de decir estas palabras, cuando seis ú ocho hombres armados salieron de un bosque de álamos, y se dirigieron hácia el grupo que ella presidia.

Francisco se adelantó con impasible serenidad.

—¡El es! gritó el que parecia jefe de los armados. ¡Prendedle!

—¿A quién buscais? preguntó el jóven.

—Á Francisco de Guevara.

—¿Por órden de quién venis á prenderle?

—Por órden del gobernador de Isabela.

—¿De Roldan? .... repuso el jóven admirado.

—Sí: seguid con nosotros.

—¡Cielos! ¿qué es esto? exclamó Anacoana estupefacta.

—¡Dioses, piedad! gritó Corima corriendo á interponerse entre el jóven Francisco y los jendarmes.

Guevara, sin perder su presencia de ánimo.

—Esperad, dijo á los soldados.

Y se volvió al encuentro de Anacoana y Corima.

—Perded cuidado, las dijo en vos baja; estos hombres odian á Roldan, y han venido aquí apesar suyo: yo los compraré. Volveos, ya os alcanzo.

El jóven se acercó entónces á los soldados que habian ido á prenderle; y, como si fuesen conocidos de antemano, habló con ellos á media voz y con la mayor familiaridad del mundo.

Esto debió producir buen éxito, porque acabó por decirles, como si se dirigiese á sus amigos:

—Venid ahora conmigo: mañana iré con vosotros.

CAPITULO V.

ROLDAN.

La ciudad de Isabela, como creemos haber dicho ya, fué fundada por Colon á su vuelta de España en Setiembre de 1493. Era allí donde habitaba el gobernador Roldan, quien, envidioso de la influencia que ejercia Francisco de Guevara en la corte de Anacoana, habia resuelto, bajo cualquier pretexto, mandar que le condujesen á la ciudad para ser allí juzgado.

Roldan era un hombre impetuoso y poco culto. Sus maneras vulgares le daban á conocer como hombre de pasiones innobles y no domadas aun. Estando en el poder, era adusto con sus inferiores, exijente con sus iguales, adulador con sus superiores. Si álguien llegaba á arrebatarle parte de su poder, concebia por él una envidia encarnizada, y no quedaba satisfecho sino hasta vengarse de quien exitaba su rivalidad.

Esto en cuanto á su carácter. Por lo que hace al hombre físico casi no merece la pena de pintarlo. Al ver aquel hombre obeso, de facciones toscas y acento lento y marcado se habria tomado por un soldado portugues mas bien que por un español noble.

Eran las ocho de la mañana del dia siguiente al en que pasó la escena referida, y Roldan se paseaba con impaciencia en su habitacion.

—Lo traerán, no hay remedio, decia sosteniendo un monólogo interrumpido á cada paso. No le valdrá su bonita cara, ni el ser amado de Anacoana y de su hija: yo me vengaré de él reteniéndole preso aquí hasta que haya ocacion de mandarlo á España.

—¿Con qué derecho se atreve ese moso á usurpar parte de mi influencia gebernativa en la corte de esa india enamorada? Nó, señor: él pagará muy cara su pretension.

Y el gobernador se acercó á una mesa, tomó una botella que habia sobre ella, echó aguardiente en un vaso y se lo bebio de un trago. Despues volvió á pasearse y á anudar su interrumpido soliloquio.

—¡Como voy á reir cuando vea esa linda figura con las manos

suplicantes, hincado de rodillas á mis piés é implorando mi perdon! ....¡ja! ja! ja! será cosa de morirse uno de risa!

Y el buen hombre se puso á reir á carcajadas, como todo un cómico en las escenas que requieren mas hilaridad.

—¡Y que llore, y que jima, y que me ruegue! ¡Yo no sé como no me moriré de risa! repitió Roldan con un humor admirable.

Cuando hubo reido hasta casi desternillarse, salió de su casa, y se puso á mirar con mucha atencion hácia el lado por donde debia aparecer el prisionero.

Pero nadie parecia aun.

Nuestro hombre se rascó la oreja mostrando mas impaciencia, y entró de nuevo á su habitacion á mitigar su sed de venganza con un segundo trago.

Entónces se puso taciturno, y solo se le oian de cuando en cuando exclamaciones aisladas.

—¡Diablo!....¡Debian haber venido ya!.... ¡No sé de qué pueda provenir semejante tardanza!.... ¿Qué habrá sucedido?.... ¡En fin, aguardemos!

Á poco rato volvió á asomarse. Una sonrisa de feroz triunfo se dibujó en sus labios, y en sus ojos brilló un rayo de júbilo. Hubiera querido saltar de alegría, pero se contentó con frotarse las manos con aire de hinchada satisfaccion.

—¡Ahí vienen! exclamó viendo á lo léjos un grupo de hombres cuyas armas reflejaban los rayos del sol.

Pero no tardó mucho en que Roldan experimentase una reaccion de sorpresa. Los hombres que venian eran mas de los que habia mandado: todos aquellos se habian ido á pié, y ahora uno de éstos, que parecia el jefe, venia á caballo.

Y mas se sorprendió cuando reconoció en el que venia á caballo al jóven Francisco de Guevara.

—¡Muchas consideraciones guardan con ese bribon! exclamó despechado. ¡Yo le haré ver quién soy y lo que puedo!

El gobernador continuó aguardando con ansiedad, hasta que llegados á la plaza de Isabela, los compañeros del jóven Guevara hicieron resonar en la ciudad este unánime grito:

—¡Viva nuestro actual gobernador Francisco de Guevara!

Si la tierra se hubiera abierto de repente bajo sus piés, habria aterrado ménos á Roldan que este grito tan inesperado como terrible. Palideció como un cadáver, y dijo, con los labios trémulos de despecho y de rabia:

—¿Es, pues, una traicion? ¡Oh! ¡Yo castigaré á estos traidores!

CAPITULO VI.

LOS DOS GOBERNADORES.

Roldan, recobrando por último toda su audacia, se acercó á los recien venidos con un aire de majestad ultrajada.

—¿Con que no me reconoceis ya por vuestro gobernador les preguntó con una soberbia insultante.

—¡Viva nuestro gobernador Francisco de Guevara! repitieron por única respuesta los soldados que rodeaban al jóven español.

—¿Pero no ois, dijo Francisco dirigiéndose á sus compañeros con un acento irónico, no ois que Roldan es el gobernador de Isabela?

—¡Sí! ¡Yo soy vuestro gobernador! Á mí es á quien teneis que obedecer! rujió Roldan con el rostro encendido de cólera y encaminándose á Guevara con expresion amenazadora. ¡No es contra mi contra quien vosotros podeis conspirar impunemente. ¡Yo os enseñaré á ser mas leales súbditos!

Esta proclama obró un efecto enteramente contrario al que se propusiera su autor: todos los labios acogieron una sonrisa de escarnio. No era para ménos: las órdenes de Roldan se estrellaban con su impopularidad, y su soberbia contrastaba sin duda con su impotencia.

—Apoderaos de ese hombre y conducidlo á la cárcel, dijo Guevara á sus soldados; pero tratadlo con consideraciones y respeto, porque ha sido vuestro gobernador.

Imajínese la rabía de Roldan al oir estas palabras. Por un instante permaneció silencioso, como el tigre al que la fuerza de la herida no permite rujir síno hasta despues que el hierro mortal

ha desgarrado su piel; pero luego prorumpió en mil imprecaciones y denuestos.

No por esto dejaron de cumplirse las órdenes de Guevara. Cuatro de los mas valerosos se apoderaron de Roldan, que opuso una resistencia desesperada, y lo condujeron, mal de su grado, á la habitacion que le habia señalado el nuevo gobernador.

Este, vengado ya completamente de su gratuito enemigo, esperó el resultado de su prision.

No habia trascurrido una hora cuando le llegó un heraldo de parte del preso.

—El ex-gobernador Roldan desea hablaros, le dijo.

—Que me aguarde, contestó Francisco.

Y, un momento despues, se dirijió á la prision de su antagonista.

—Debeis estar ya satisfecho, le dijo Roldan haciéndose mucha violencia para aparecer humilde y arrepentido. Confieso que sois mas vivo y mas afortunado que yo; capitulemos.

—Muy bien, contestó el jóven Guevara. ¿Que proposiciones haceis?

—Ponedme en libertad, y exijid despues lo que querais de mí.

—No os exijiré sino una cosa.

—¿Cuál?

—Qué me dejeis vivir tranquilo en casa de Anacoana, y no volvais á atentar contra mi libertad.

—¿Es decir que me restituis al poder? preguntó Roldan con una mezcla indefinible de asombro y de gozo.

—Prometedme ántes lo que os exijo.

—Os lo juró, á fé de caballero: ¿qué mas quereis?

—Nada mas. Quedais de nuevo en el poder. He querido daros esta leccion, para que en adelante conozcais mejor vuestra situacion ántes de atender contra vuestros iguales.

Y, llamando despues á los soldados que le acompañaban.

—Poned en libertad á Roldan, les dijo, y acatadlo de nuevo como á vuestro gobernador.

Los soldados, heridos de admiracion con la jenerosa conducta del jóven español, se miraron unos á otros confusos ántes de cumplir su última órden.

—No os asombreis, repuso Guevara; Roldan está libre y es vuestro gobernador. ¡Daos prisa á libertarlo!

Mal de su grado, los soldados tuvieron que cumplir en esta vez con la órden que se les daba.

—¡Oh! exclamó entónces Roldan crujiendo los dientes de cólera y despecho. ¡Yo me vengaré de esta humillacion!

CAPITULO VII.

OTRA VEZ ROLDAN.

Algunos dias despues, Anacoana, Corima y Francisco se hallaban reunidos en su palacio, disfrutando de la paz doméstica que hacia tan felices á estos tres séres.

—¡Qué contentos viviriamos, exlamaba Corima, si mi padre estuviera con nosotros!

—Tu padre está con nosotros, hija mia, dijo Anacoana, pero la inmortalidad le hace invisible. Cuando el hombre deja el mundo, su espíritu se difunde en muchas partes como el espíritu de Dios, y se convierte en el vehículo de la tierra y el cielo. ¿Quién sabe si el soplo del viento, el perfume de las flores, un rayo de luz, una gota de rocío, no estan impregnados del espíritu de tu padre?

—Ese lenguaje me consuela, madre mia, porque sé que puedo sentir tambien á mi padre en el acento de vuestra voz ó en la luz de vuestra mirada.

Estas palabras hicieron saltar una lágrima á los ojos de Anacoana, quien se volvió para enjugársela y ocultarla á Corima. En aquella lágrima era donde realmente habia asomado el alma del cacique.

—Esos pensamientos son muy dulces, pero os entristecen, dijo Francisco; procurad desecharlos. ¿Sabeis que Ojeda está de vuelta de España?

—¿Quién os lo dijo? preguntó Anacoana con viva curiosidad, pues su vanidad de mujer se habia lisonjeado cuando se la dijo que era amada por aquel célebre español.

—Me lo dijo un oficialito que salió de Cádiz algunos dias ántes que él.

En aquel momento se oyó en las cercanías del palacio el galope de un caballo.

La llegada de álguien á caballo exitaba siempre la curiosidad de la mujer del cacique; pues, apesar del carácter codicioso y aventurero de los conquistadores, habia concebido por ellos una invencible pasion.

Anacoana, pues, se asomó á ver quien venia, y no tardó en llamar á Guevara.

—Decidme si conoceis al caballero que viene.

El jóven no tardó mucho en reconocerlo.

—¡Roldan! exclamó admirado. ¿Qué asunto le traerá por aquí?

—¿Es el gobernador de Isabela?

—Sí, el mismo.

—¿El que mandó prenderos y queria haceros cargar de cadenas?

—El mismo, pero hacedme el favor, señora, de no mostrarle aversion.

—Pero eso basta para hacérmelo aborrecible.

Roldan, entretanto, se habia acercado sin séquito á palacio.

—¡Bien venido seais, mi gobernador! exclamó Francisco saliendo á su encuentro con los brazos abiertos. Es una dicha para nosotros que vengais á vernos. Dignaos apearos en palacio.

Roldan correspondió á estas atenciones con la mayor cortesania y se condujo en la casa de Anacoana como el hombre mas amable del mundo.

Hé aquí el asunto que, segun él, le habia conducido allí.

Deseaba celebrar unas fiestas en obsequio de Anacoana y su familia, y deseaba que se hiciese una invitacion á los caciques vecinos y á todos los habitantas de sus dominios: Roldan sabia la admiracion que causaba á los colones un español á caballo, y queria sorprenderlos con las evoluciones de un escuadron que estaba levantando en Isabela.

Anacoana le agradeció estas proposiciones, y le prometió que haria cuanto estuviese de su parte por complacerlo.

La fiesta quedó aplazada para el 1.° de Enero 1494.

Roldan, habiendo obtenido estas promèsas, se despidió lleno de gozo y de esperanza.

¿Cuál era el proyecto de ese hombre siniestro?

Esperamos saberlo dentro de poco.

CAPITULO VIII.

EL 1.º DE ENERO.

Los preparativos de la fiesta igualaron á la magnificencia que en ella se iba á desplegar. Desde la víspera empezaron á llegar grupos de jentes de todas edades, como sucede con las grandes romerias de nuestros pueblos. Los caciques vecinos se alojaron en el palacio de Anacoana, y sus vasallos, como en número de cinco mil establecieron una especie de campamento al rededor del palacio. Era un espectáculo curioso el que presentaba aquella multitud de indios, medio desnudos unos, pintados otros, vestidos de un modo extravagante los demas, y todos adornados con piezas de oro, ajitándose en aquel paraje como una nube de peregrinos de diversos paises, reunidos tan solo para ver algunos españoles á caballo.

Aquellos seres sencillos, invitados de buena fé á una gran fiesta dejaron á la puerta de sus chozas su carcax y sus flechas, y ni uno solo de tantos habia llegado allí en actitud ofensiva.

—Marchemos á complacer á Anacoana, se dijeron.

Y todos se pusieron en camino completamente indefensos.

¿Qué podian temer bajo la proteccion de su sibila?

No sucedió lo mismo con los españoles. Se les vió llegar en sus hermosos caballos blancos, bayos, negros y alazanes, armados todos de lanzas y espadas, como si fuesen á asistir á un combate.

Serían las diez de la mañana cuando Roldan y sus soldados se dirijieron, á pié y de uno en uno, á un bosque apartado; y cuando se hubieron reunido todos, Roldan les dijo:

—¡Soldados! ya veis que la ocasion no puede ser mas propicia, Todo ese oro que pende del cuello y de los brazos de los indios, será bien pronto nuestro rico botin. Confio en el buen éxito de nuestro plan, porque estoy seguro de vuestro valor y vuestra au-

dacía. Ya sabeis la señal: cuando yo lleve la mano á mi espada, vosotros cumplírais con lo que me habeis prometído. ¿No es verdad que lo prometeis tambien ahora?

—¡Lo prometemos! contestaron unánimemente aquellos soldados deslumbrados sin duda por el brillo del oro que habian visto.

Se sabe que el oro era el único Dios de los conquistadores: de ahí la venalidad con que obraban estos soldados y las atrocidades de que fueron capaces.

—Y vosotros, dijo Roldan dirijiéndose á cuatro mozos de huraño aspecto que estaban á su lado,—preparad vuestras teas. A la misma señal, ya sabeis lo que debeis de hacer.

—Lo sabemos, contestaron los cuatro á una voz.

Dicho esto, salieron del bosque Roldan y sus esbirros, y desfilaron poco á poco en direccion al palacio de Anacoana.

CAPITULO IX.

EL BANQUETE.

En el interior del palacio de Anacoana habia un verjel espacioso, cuyos podados árboles alzaban sus orgullosas copas hasta la altura del techo del palacio, y entrelazaban sus ramas formando un dosel que interceptaba los rayos del sol. A la sombra de esta enramada fué donde Anacoana preparó el gran banquete con que pensaba obsequiar á sus huéspedes.

En el aislado paraje de una isla del nunvo mundo no podian ofrecerse mas viandas que peces y frutas: esto fué lo que ofreció Anacoana á sus convidados. Guevara ademas ofreció los exquísitos vinos que habia traido de España, y que corrian aquel dia en totumas de coco guarnecidas de oro en sus bordes.

Anacoana y Corima vestian ya á la europea, y sus trajes hacian mas resaltar á los ojos de los españoles la natural belleza de sus encantadores rostros. Tenian los cabellos sueltos y echados hácia atras, como una Vénus recien salida del baño, y los sujetaban fajas afiligranadas de carey adornadas con figuritas de oro.

Los españoles asistieron al festin con sus trajes ordinarios, y los caciques vecinos con las insignias distintivas de su poder y rango.

La diferencia de trajes, la diversidad de fisonomias, la animacion de los rostros; el techo de la enramada, la luz del sol, procurando filtrar, por decirlo así, al traves del espeso follaje; todo esto imprimia en aquel banquete un sello particular que no se sabia si era risueño ó melancólico, alegre ó sombrío, halagüeño ó terrible: habia alli algo de la salvaje majestad del desierto, algo de la báquica orjía de los salones, algo de la profanacion sacrílega de la cena de Baltazar. Sí, sacrílega porque Anacoana debia expiar demasiado pronto el tratar de olvidar, entre el vapor del festin y el goce de sus galas, la memoria de su marido. No habia razon para ultrajar en su mismo palacio las cenizas todavia calientes del infortunado cacique.

—Bebo por la belleza de Anacoana, por la felicidad de su hija, por la prosperidad de nuestro compatriota Guevara y por el risueño porvenir de esta familia, dijo Roldan alzando por la doudécima vez una totuma de coco que rebosaba de vino.

Pero, al decir *porvenir risueño*, Anacoana creyó notar en el acento de Roldan un no sé qué dé sarcástico y terrible, como la malígna sonrisa de un mal jenio en la cabecera de un moribundo. Una sombra fria pasó lentamente por la frente de Anacoana; sus ojos despidieron la mirada de fuego de la sibila, y su acento tomó la inspiracion de la profetiza.

—¡Ay de nosotros, exclamó, si los dioses tornasen en duelo nuestra alegría presente! Me ha parecido sentir pasar sobre mi cabeza una mano vengadora. He alzadado los ojos y no he visto sino los rayos del sol esforzándose en penetrar por entre las ramas de los árboles. ¿Que es esto? ¿Es que el astro está ofendido porque hemos buscado un toldo de hojas para sustraernos á su luz? ¡Sol, sol! ¡divinidad que adoro! ¡dime si este volcan que quema mi cabeza es el rayo vengador de tu luz que me abrasa ó es solo el ardiente soplo que envías á tu poetisa!

Los españoles no comprendieron estas palabras, seguramente porque ellos no adoraban el sol; pero esos acentos no por

eso dejaron de resonar en sus oidos como un canto lúgubre entonado en medio del festin. Talvez aquellos acentos, si hubieran tenido mas dulzura, habrian sido el último canto de aquel cisne agonizante....

Solo Roldan se mostró impresionado al eco de esas palabras, y dijo á sus compañeros:

—Es tiempo de marchar: el sol ya declina.

Y, despues de dar las gracias á Anacoana; á Corima y á Francisco, salieron de palacio con el mismo ánimo con que habían entrado.

CAPITULO X.

LA SEÑAL.

Eran ya las cuatro de la tarde. El cielo estaba sereno y el sol bajaba con calma en su ocaso; bien es que la calma es muchas veces el nuncio de la tempestad.

Anacoana, Corima y Francisco estaban ya instalados en el principal y mas elevado mirador del Palacio. Los caciques se habian colocado en las azoteas laterales. Al frente del palacio se extendia un mar de cabezas descubiertas, cuyas negras oleadas se iban abriendo en círculo y desplegándose en su centro: se habria dicho que era un circo olímpico formado de movibles murallas humanas.

Un sordo murmullo se percibia en esa multitud, como el rumor lejano de las olas, é iba acallándose á medida que el circo se ensanchaba.

Por fin todo quedó en silencio.

De repente se oyó un ruido de armas y caballos, y todos los ojos se volvieron hácia la parte de donde prevenia aquel ruido.

Treinta y dos jinetes desfilaron por en medio de la silenciosa multitud hasta llegar al gran circo preparado como teatro de sus evoluciones. Roldan venia al frente de ellos, montado en un briozo alazan, ricamente enjaezado. Pendia de su cinto una espada con empuñadura de oro, y en la cabeza llevaba, como sus compañeros, un sombrero negro con un penacho flotante

de plumas grises. Todos llevaban sobre sus hombros una capita corta de paño azul turquí, y todos tambien, fuera de Roldan, empuñaban lanzas enastadas, cuyo limpio acero reflejaba los oblícuos rayos del sol poniente.

Los caballeros, una vez exhibidos con sus vestidos uniformes á los ojos atónicos de la multitud, empezaron á jirar en distintas direcciones y á describir, ya una gran rueda, ya pequeños círculos, ya elipses, ya, en fin, esa infinidad de vistosas evoluciones que constituia la principal diversion en los juegos de equitacion de aquella época.

Ensayaron despues una especie de justa, espectáculo ó desafio muy en boga entre los caballeros españoles de entónces. Formados en cuadro, ocho en cada línea, dos de los que se encontraban en los vértices de los ángulos opuestos, partieron con toda la velocidad de sus caballos en línea diagonal hasta encontrarse en el centro, cambiaron sus lanzas con una rápidez asombrosa, y, sin detenerse, siguió cada uno á ocupar el puesto del otro.

Despues de esto hicieron la misma operacion los de los otros dos puntos diagonales.

Los siete de cada línea en los costados opuestos partieron tambien á encontrarse, cambiar lanzas y trocar puestos con un éxito tan airoso como los anteriores. Otro tanto hicieron los catorce restantes.

Hubo entónces un momento de quietud y silencio, tanto en los actores como en los espectadores de aquella escena. La multitud estaba embelesada, y, si hubiese sido capaz de aplaudir, habria manifestado su admiracion con frenético trueno de palmadas. Léjos de esto, todos los labios quedaron sellados, todos los ojos fijos, todos los indios pasmados con estúpido asombro y con la boca entreabierta, como los crédulos hebreos creyendo mirar en el cielo visiones aéreas.

Los españoles volvieron á miiar á un tiempo á su jefe como si esperasen de él alguna órden.

Roldan vaciló un momento. La órden que iba á dar debió

haber sido dictada por un jenio infernal, puesto que aquel hombre vacilaba....

Por fin, llevó la mano á la guarnicion de su espada.

Aquella era la señal convenida.

CAPITULO XI.

SANGRE Y FUEGO.

Los españoles se lanzaron entónces á un tiempo, y lanza en ristre, contra la multitud, como fieras sobre su presa, y la mas sangrienta y espantosa escena tuvo lugar en aquella hora....

Un clamor inmenso, unánime, terrible, seguido de mil clamores, mas, se levantó de aquella masa de jentes, no ha mucho inmóviles, silenciosas, estupefactas. Diríase que era el grito universal del jénero humano en su agonía al desplomarse sobre él el firmamento....

¡Horrible espectáculo! Los que estaban al alcance de las armas de los asesinos, caín heridos de muerte y revolcándose en los arroyos de su sangre, miéntras que los otros procuraban huir despavoridos, como si viesen sobre ellos la venganza del cielo.... Era un rebaño de ovejas puestas en confusion al sentir el cercano ahullido del hambriento lobo.

Los gritos de los fugitivos, los ayes de los heridos, el sordo estertor de los moribundos, los regueros de sangre en que el suelo se empapaba, la confusion de las víctimas, la ferocidad de los asesinos.... todo esto daba á aquel cuadro ese tinte siniestro y pavoroso que debe ser el colorido del infierno.

—¿Qué es esto? se habian preguntado Anacoana y Corima, palidas, trémulas, sobresaltadas y sin poderse dar cuenta del motivo de aquella escena de sangre y de exterminio.

—¿Qué es esto? se habia preguntado tambien Francisco Guevara poniéndose de pié con la indignacion que despierta en las almas jenerosas una burla sangrienta.

É impelido por un noble instinto, se habia arrojado desde su mirador, como á veinte piés de altura, á riesgo de romperse un

brazo ó una pierna, pero con tal de aplacar la furia de los asesinos. Todo esto tuvo lugar en el breve espacio de un segundo.

Fué vana su esperanza. Las palabras del jóven se perdian entre los clamores de la multitud y sus expresivos jestos no hacian mas impresion á los asesinos que á los mismos peñascos.

Admira el encarnizamiento de aquellos bárbaros. El vapor espirituoso del vino como que los habia convertido en verdaderas furias; la codicia aumentaba su ferocidad, y su sed de sangre parecia no poder aplacarse sino con sangre.

El jóven Guevara, conociendo que sus esfuerzos eran inútiles para conmover aquellos desalmados, habia resuelto acudir al socorro de Anacoana y Corima.

Y bien necesitaban ellas un urgente socorro.

Se habia puesto fuego al palacio por todos los cuatro lados, y las llamas, avivadas por el soplo de un huracan que la fatalidad hizo se desencadenase entónces con violencia, se elevaban en partes como una manga roja, en partes como una azulada y trémula espiral.... Algunas porciones de negro y espeso humo se desenvolvian en el aire como fantasmas caprichosas y empañaban y oscurecian el cielo remedando el aliento de un volcan.

Francisco se puso en un instante al lado de la poetisa y de su hija.

Las llamas las rodeaban ya muy de cerca y habian alcanzado á tocar el vestido de Anacoana.

—¡Salvad á mi hija! ¡Salvadnos! fué el grito de la madre al ver al jóven español.

—¡Salvad á mi madre! ¡Salvadnos! fué el grito de la hija.

Francisco se arrojó por en medio de las llamas con intento de salvar á las dos á un tiempo si era posible. Ya tenia agarrada por un brazo á Corima, é iba á asir el de Anacoana, cuando el voraz incendio, que habia penetrado ya en los mas sólidos lienzos del edificio, hizo que se desplomara el tablon en que Anacoana estaba apoyada, y la infeliz cayo envuelta en fuego y humo, sin que pudiese aprovechar el socorro de quien iba á salvarla....

El noble jóven se dió prisa á poner en salvo á Corima, con intencion de volver á arracar del fuego á la inforturada poetisa.

Todo fué inútil. El incendio se habia propagado en todo el edificio con una increible rapidez, hasta comunicarse en la enramada del vergel, que crujia con horrible estrépito y no habia ya medio de penetrar hasta donde estaba Anacoana. La mayor parte de los caciques asilados en palacio perecieron entre las llamas ó sepultados bajo el peso de los desplomados paredones; y los que se libraron del incendio no pudieron librarse del furor de los asesinos.

Roldan, que habia permanecido sin tomar parte directa en la carnicería feroz de sus soldados, aunque sí se habia gozado como un Neron en ella, se acercó por casualidad al palacio cuando el incendio habia causado ya mayores estragos, y alcanzó á oir estos versos como salidos del fondo de los humeantes escombros:

Las llamas ya me cercan....¡Terrible es el martirio!
¡Oh dioses! ¡Mis verdugos se atraen mi maldicion!
Mas, nó; no los maldigo: fué el grito del delirio;
¡Piedad, piedad para ellos! ¡Yo imploro su perdon!

Esta estrofa llegó á los oidos de Roldan como el lúgubre eco de un adios y como el grito terrible de una maldicion. En esos versos estaba el corazon de Anacoana, y con sus últimas palabras voló su alma....

Anacoana murió cantando, como habia vivido; pero su último canto no fué el acento de la poetisa, sino la queja de la mujer á quien hiere el desengaño.

Roldan, que habia oido aquellas estrofas con una atencion cada vez mayor, debió de experimentar una impresion indefinible, porque se estremeció todo, como al contacto de una pila voltaica, y, al oir la última frase, soltó riendas á su caballo y se fué repitiendo la estrofa en direccion á Isabela.

CAPITULO XII.

EXPIACION.

El sol hundia ya su rojo disco en el lecho de púrpura que le tendia el mar, y un caballero galopaba en un caballo blanco,

cuya larga sombra se proyectaba casi indefinidamente hasta perderse en las aguas de un rio sin nombre. A orillas de aquel rio fué donde conocimos al sencillo cacique marido de Anacoana.

A medida que se acercaba al rio, aquel caballero parecia experimentar mayor impaciencia. Como que tenia prisa de llegar á cierto paraje, y jiraba con inquietud sus ojos á todas partes como si temiese de alguna sombra se levantara de repente de aquellos sitios solitarios á interceptarle el paso. Se habria creido que tenia miedo de atravesar solo y á aquella hora ese desierto silencioso.

Al pié de un álbol de alta y frondosa copa, el caballero alcanzó á divisar un bulto blanco.

—¡Él es! dijo asustado. ¡Él debe ser!....Ahí se sentó cuando le trajimos á Isabela.

Pero aquel bulto blanco no era sino un banco de piedra.

Entónces el jinete volvió á mirar al anca de su caballo como si álguien se hubiese trepado en ella y se hubiese asido de su cintura.

—¡Maldito fantasma! exclamó con rabia. Donde quiera me sigue, invisible á mis ojos, fijo en mi pensamiento.

Aquel hombre esperimentaba algo parecido al remordimiento, y esa era la sombra que por todas partes le seguia.

Habia llegado, entre tanto, á la orilla del rio. El dia anterior habia llovido mucho, y las aguas del rio habian aumentado considerablemente. El caballo se detuvo.

El jinete, impaciente como estaba, lo espoleó con violencia. El bruto bufó y se empinó esta vez, pero no obedeció.

—¡Dejadme pasar! exclamó el caballero como si álguien se hubiese interpuesto entre el rio y su caballo.

Y segunda vez hincó su espuela en los hijares de su andaluz.

Entónces el caballo se encabritó y saltó al rio á pesar suyo. Por fortuna nadaba muy bien y pudo hender las aguas, no sin ser arrastrado algunas varas por su poderosa corriente.

Jinete y caballo arribaron por fin á la opuesta orilla, aunque empapados y chorreando agua como era consiguieute á tan atrevida sumercion.

Las sombras de la noche iban cubriendo ya el espacio como si fuesen un crespon extendido bajo una cúpula alzada.

Pero, á pesar de esto, el caballero prosiguió su camino.

No tardó en ver aparecer á lo léjos algo que se movia en direccion á él. Ese algo fué tomando formas poco á poco, y nuestro caballero, á favor del último rayo crepuscular, pudo distinguir un hombre á caballo.

—¡Él es! ¡él es! gritó, prestando esta vez entero crédito á sus mismas palabras. Trae sus brazos aherrojados con las esposas que yo mismo le puse, y el caballo es el mismo en que yo le arrebaté.

Y, sin perder su presencia de ánimo, pero enardecido con la violencia de su delirio,—porque era delirio lo que sentia aquel hombre,—léjos de huir, se fué rectamente al encuentro de aquel desconocido, dispuesto á arrostrar los resultados de este encuentro.

No tardaron en hallarse frente á frente.

—¡Anacoana! ¡Anacoana! venia gritando el desconocido.

El que iba tomó este grito por una reconvencion del aparecido cacique.

—¿Anacoana? repitió con la mirada extraviada.

—¡Ojeda! exclamó el primero reconociendo la voz y las facciones de su interlocutor.

Y se volvió á toda prisa por el mismo camino que habia traido.

Pero Ojeda, preocupado como estaba por el pensamiento del cacique que él habia arrebatado del lado de Anacoana, no reconoció á quien le habia hablado, y, resuelto como se hallaba á seguir el curso de esta rara aventura, siguió las huellas de su pretendido cacique con el mismo frenesí con que un desesperado marcha al abismo que le abre su destino.

Dos horas despues Ojeda y su guia se detuvieron en un mismo sitio.

Media luna se habia elevado sobre el horizonte, sola y triste como una luz en medio de un desierto, y surcaba melancólicamente el espacio cual una ave de plateadas alas elevándose insensiblemente en el éter.

La luz de aquel astro habia iluminado de repente un horrible cuadro á sus ojos.

A un lado, negros silenciosos escombros; al rededor de ellos, un campo anegado en sangre y sembrado de cadáveres....

—¿Qué es esto? preguntó Ojeda no queriendo dar crédito á sus ojos y restregándoselos como si fuese presa de una espantosa pesadilla.

Su compañero, por única respuesta, se acercó á los escombros, y mostrando á Ojeda con una mano un esqueleto quemado, cuyo bello y pálido rostro habian respetado las llamas, le repitió con solomne y triste voz esta última estrofa de Anacoana:

Las llamas ya me cercan...¡Terible es mi martirio!
¡Oh dioses! ¡Mis verdugos se atraen mi maldicion!
Mas nó; no los maldigo: fué el grito del delirio;
¡Piedad, piedad para ellos! ¡Yo imploro su perdon!....

Ojeda comprendió todo, y solo entónces reconoció á Roldan.

Roldan estaba loco.

Ojeda murmuró para sí:

—Ambos merecemos esta expiacion.

Alonso de Ojeda no pudo en vivir en adelante sino viajando por mar y tierra; pero nunca desapareció de su frente, ni con su muerte misma, la sombra del remordimiento que le habia perseguido.

LA ROCA DE LA VIUDA.

(LEYENDA PERUANA.)

POR

D. RICARDO ROSSEL.

(Leida en el Club Literario el 20 de Mayo de 1875.)

INTRODUCCION.

LOS CAZADORES.

El 15 de Agosto de 185......dos jóvenes de aspecto distinguido, escoltados por un paje negro, despues de haber asistido á la misa que se celebra en la capital de Cocharcas al rayar el alba, salian por la portada del mismo nombre al buen paso llano de sus briosas cabalgaduras.

Fácilmente podia averiguarse que la aficion á la caza era el motivo que les habia obligado á abandonar el abrigado lecho, á hora tan desusada para los dormilones habitantes de la ciudad de los Reyes. Claro indicio de ello daban las excelentes escopetas que pendian de sus hombros, los morrales y demas útiles del oficio, que se adivinaban bajo los pliegues de sus ponchos, y los dos finísimos perros que erguida la cerviz y alta la coposa cola, saltaban lijeros delantes de los caballos de sus amos.

Las cercanías de la capital son pobres de casa, pues perseguida tenazmente por los cazadores de oficio, es extinguida ó ahuyentada por esta raza de gavilanes, que matando á tanto la docena, somete los lances de este noble ejercicio al cálculo aritmético, y desacredita al gremio de los verdaderos y entusiastas aficionados.

Por eso Víctor y Eugenio, que pertenecian al número de estos últimos, se dirijian al pintoresco valle de Lurin, don-

de á la sombra de los añosos sauces y *guarangos* de la campiña entonan su alegre cantinela el corregidor y el huanchaco; donde se escucha el melancólico acento de la cuculí bajo el coposo follaje de los naranjos y limoneros de Pachacamac, y donde el rosado flamenco, la blanca garza y el tornasolo pato se bañan en las lagunas que se estienden sobre la verde sabana á orillas del mar.

Pronto dejaron atrás nuestros cazadores largos callejones y pedregosas pampas, y dominaron la altura donde comienza la tablada. Desde este punto el camino es bellísimo, particularmente en la época de nuestro relato, en que cubiertas las lomas de verdura, ofrecía el aspecto mas encantador.

Ociosa juzgaria la descripcion que merecen tan risueños parajes aquel que, no conociendo la prosáica y sedentaria vida que se hace en Lima, creyese con justicia que no habia quién no los hubiese recorrido, distando apenas tres leguas de esta ciudad. Pero sabido es que la mayor parte de los limeños no conoce mas campiña que las que se les ofrece á la vista por las ventanillas del tren que los conduce á alguno de los puntos inmediatos á la capital, y poquísimos son los que salen de su recinto, para aspirar el aire libre y disfrutar de los encantos que brinda la naturaleza, disculpando mas que justificando sus perezosos hábitos, con los exajerados peligros á que los expone la falta de seguridad en nuestros campos. En cambio, candorosamente creen trocar la vida de la corte por la campestre yendo á pasar la *temporada* á la árida vida de Chorrillos, donde se ahogan en la calurosa estacion encerrados en sus estrechas callejuelas é incomodos ranchos.

Sigamos, pues, á nuestros jóvenes viajeros.

Viva alfombra de esmeralda matizada de frescas florecillas huellan los cascos de sus caballos, cruzando por entre los numerosos y dispersos rebaños que pacen la crecida yerba, y cuyas pieles manchadas con caprichosa variedad de colores se destacan sobre el fondo uniforme de los cerros, ofreciendo en lontananza el mismo aspecto que una mesa sobre cuyo verde tapete hubiese arrojado travieso niño un puñado de pintadas grajeas.

Los corderos corren al balido de las ovejas, los juguetones cabritillos triscan alegres, el ternero hambriento responde al mujido maternal que le convida con ópiparo desayuno, y, así las sonoras voces de los cuadrúpedos forman grave armonía, que acompaña el melodioso concierto que entonan millares de pajarillos buscando diligentes su sustento entre las flores.

Hácia la derecha, la espaciosa meseta va descendiendo en suaves ondulaciones hasta el anchuroso llano, que los cazadores contemplaban extasiados.

En primer término, los estensos plantíos de caña San Juan y Villa se mecian blandamente al soplo del viento, semejando la superficie de un lago de ondas de oro. Mas léjos, se distinguian los campanarios de las haciendas, como nido de palomas suspendidos entre el verde follaje de frondosa arboleda. Mas allá aun, se divisavan vagamente las poblaciones de Chorrillos y Miraflores tendidas á orillas del mar, y últimamente sirviendo de digno marco á tan explendido cuadro, el Oceano inmenso como un cinturon azul bordado de plata.

Por la izquierda, corta el paisaje alta cadena de cerros cuyas cimas envolvian blancas nubes con vaporosos turbantes y en los vallecitos que se abren á sus faldas, se vein blanquear las carpas donde se alojan los lomeros durante la época de pastos. Á una de ellas se dirijió la comitiva.

El dueño del *hato* los recibió con agrado y les ofreció tiernos quesillos, leche cuajada con miel y fresca mantequilla. El paje Tomás sacó de las alforjas ricos bizcochos de Chancay, una pierna de cordero y una botella de esquísito aguardiente, y todos sentados al rededor de una gran piedra que servia de mesa, hicieron el mas delicioso y patriarcal desayuno.

Nuestros jóvenes sentian ágil el cuerpo y expansiva el alma. Nunca penetró en sus conciencias con mas atractivo la nocion severa de virtud; jamas sintieron sus corazones mejor dispuestos para las acciones generosas.

¡Ah! como es cierto que el hombre se conmueve y mejora contemplando la solemne magestad de la naturaleza siempre bella y siempre nueva! ¡Cuán miserables se presentan ante sus

ojos las humanas pasiones y sus raquíticos engendros! Qué pequeño le parece cuanto el hombre ha hecho en presencia de lo que Dios hizo!......

Concluido el frugal almuerzo, y despues de manifestar su agradecimiento al hospitalario lomero, partieron á largo paso, y al cabo de una hora coronaban las alturas de las históricas ruinas de Pachacamac, abarcando sus miradas el valle de Lurin.

Al frente se destacaba la iglesia del pueblo con su blanca fachada y graciosas torrecillas. Las oficinas de la hacienda de San Pedro despedian ondulosos penachos de humo que desataba la brisa, y la vista se recreaba recorriendo desde el verde claro hasta el amarillo dorado de sus cañaverales.

Hácia el fondo del valle, los montuosos terrenos de Buenavista daban oscuro fondo al paisaje, y el pueblo de Pachacamac se escondia entre el ramaje de los huertos que lo rodean, miéntras al lado opuesto y al pié de las ruinas, se veian como las casillas de un tablero de ajedrez las chacaritas bien cultivadas, cuyas tierras producen la refrijerante sandía y el dulcísimo melon, tan estimados en la capital. Las chozas donde habitan los yanaconas que las trabajan, se extendian á la orilla de un lago circular, cobijadas bajo un grupo de palmeras que les brinda fresca brisa y sombra grata.

El mar siempre majestuoso limitaba el horizonte, viéndose brillar, sobre la verde sabana que se extiende á sus orillas, las lagunas de que halla se cubierta.

Antes de descender al valle visitaron las famosas ruinas. Míranse aun en pié, despues de cuatrocientos años, altos y enhiestos murallones que delinean vastos recintos, cuadrados salones, largas hileras de celdas y estrechas galerias. Nuestros visitantes se perdian en ese laberinto, y Víctor, muy dados á estudios históricos y literarios, iba comunicando sus recuerdos é impresiones á su amigo, estudiante de medicina y apasionado por las ciencias naturales.

—He aquí, le dijo, con grave acento y desde la altura de un elevado torreon, un monumento de gloria para los peruanos y que nadie visita ni estudia. El tiempo terminará pron-

to la obra comenzada por los avaros conquistadores, y nada quedará de este grandioso edificio consagrado por las oraciones de las vírgenes y regado con las lágrimas de la madre inconsolable y del huérfano desvalido. En breve tiempo no se verán ya ni estos soberbios vestigios del suntuoso templo donde resonaron los sagrados cánticos, y donde se escucharon las plegarias de un pueblo creyente y civilizado, que llegaba á sus puertas desde remotas regiones en piadosa peregrinacion y cargado de ofrendas, para adorar al Dios Creador, al Dios Espíritu, al Dios vida del Universo, PACHACAMAC; miéntras el Egipcio orgulloso con su ciencia adoraba á sus cebollas y sus Isis; el Griego filósofo y artista hacia la apoteósis de la materia y divinizaba las humanas pasiones, y el Romano legislador y guerrero deificaba el robo, la lujuria, y doblaba la rodilla ante la personificacion de los vicios mas degradantes.

—Y que silencio, continuó su compañero, donde tanto ruido hubo; que soledad donde se vió tal muchedumbre, que miseria donde brilló tanta riqueza!

—Espejo fiel de la fragilidad del humano poder y de la vanidad de las humanas creencias, dijo sentenciosamente su interlocutor. Esto mismo repetirán en los futuros tiempos los que, como nosótros hoy, visiten á su vez las ruinas de Nuestra Señora de Paris ó del Vaticano.

Eugenio examinaba algunas plantas mústias y espinosas que crecian en apretados grupos sobre las eminencias.

—Ve, dijo á su amigo, como solo la Naturaleza derrama la vida hasta en el seno de la muerte, viniendo como una amiga fiel á colocar su fúnebre corona sobre la tumba de tanta grandeza.

La voz de Tomás arrancó á los jóvenes de las profundas y poéticas reflexiones á que se entregaban.

—Las once, niño Víctor, dijo el negro mirando al cielo.

Este consultó su reló y le replicó sonriendo:

—Te equivocas en cinco minutos.

No podriamos asegurar quien se equivocaba. El paje, antiguo caporal en la hacienda del padre de Víctor, pertenecia al nú-

mero de esos hombres del campo, que llevan consigo un cronómetro en su instinto especial para conocer la hora, y que podriamos llamar *sentido del tiempo.*

Una hora despues la denotacion de repetidos tiros despertaba los ecos del valle. Los cazadores, seguidos de Rayo y Fiel, habian comenzado la batalla contra las alados habitantes de las lagunas.

Cinco horas habian corrido desde que el sol brilló en el zenit, y con rápido paso se inclinaba hácia el lecho de nácar y coral que en sus azules ondas le ofrece el océano.

Los cazadores, cargados con el rico botin conquistado con su esfuerzo y destreza, habian seguido las orillas del mar hácia el sur, llegando á la tranquila ensenada del Jaguay.

El terreno que se levanta insensiblemente, alcanza en este punto una altura de doce á quince metros, formando un barranco en herradura que abriga la ensenada. Allí han establecido su puerto los pescadores de Lurin, contándose en la playa diez ó doce ranchos de cañas y totora, y un número poco mas ó menos igual de canoas varadas en la orilla.

Frente á la serena bahia, y á corta distancia de la costa se destacan dos grandes islotes llamados el "Pan de azúcar" y el "Muerto," por la semejanza que ofrecen con estos objetos. Inmediatamente á la izquierda de este último, y como un gran trozo del mismo, separado por alguna de las violentas convulsiones que han sacudido nuestro planeta, se levanta una roca negra y de siniestro aspecto rodeada de multitud de picachos de afiladas puntas, lo que ha hecho que se le de el nombre de roca de "La Viuda."

—Sabes, dijo Víctor, contemplando la mansa ensenada, que si hubiera en esas chozas un par de pescadores, gustaria voltejear un rato por allí.

—Y aun hacer un viaje de exploracion á esos islotes, repuso Eujenio con entusiasmo, y mirando como se estrellaban las olas contra los peñascos de "La Viuda."

—Pues vamos replicó el primero.

Iban á bajar el barranco, cuando el ladrido de los perros llamó su atencion. Dirijieron la vista hácia el lado por el cual corrian estos, y vieron á unos cincuenta pasos de distancia un bulto que parecia un hombre.

—Creo que es un pescador, dijo Eujenio, vamos á proponerle nuestro proyecto.

Y se encaminaron hacia él.

En efecto: sobre un promontorio que ofrecia una meseta saliente sobre el barranco cortado á pico, encontraron á un anciano sentado sobre una piedra.

Era indíjena. Un sombrero de paja cubria su cabeza, y por debajo de sus anchas alas asomaban largos mechones de cabellos blancos que cain sobre sus hombros. Un poncho de lana gris, un ancho calzon de tela burda y sandalias de cuero completaban su traje.

Su semblante era grave y simpático. Con la barba apoyada sobre la palma de la mano y el codo en la rodilla, contemplaba con insistencia y en actitud melancólica la roca de "La Viuda."

No volvió siquiera la cabeza al ruido que hacian Rayo y Fiel, ni dió respuesta á la pregunta que Víctor le dirigió.

Dándole entónces éste una lijera palmada en el hombro le dijo:

—Buenas tardes, *taita.*

El saludado, pareciendo salir de un profundo letargo, levantó la cabeza, y mirando bondadosamente á los jóvenes:

—Buenas las dé Dios á ustedes, señores, contestó.

—¿No habrá un pescador que quisiera salir con nosotros á dar un paseo por estas aguas?

—Difícil me parece conseguirlo; porque hoy es dia de fiesta, y los pocos que aun viven en el Jaguay están en el pueblo.

—¿Y usted no es pescador? preguntó Eugenio. Si tiene una canoa, puede dirigirnos solamente, que nosotros remaremos y le daremos una buena gratificacion.

—Vaya, anímese buen *taita,* insistió su amigo.

—Estas playas han visto blanquear mis cabellos, dijo el viejo, y estos brazos, añadió, sacando debajo del poncho uno

aun robusto y señalando el mar, han tirado la red durante largos años sobre estas aguas; pero hoy, mi señores, ni tengo canoa ni hijo que empuñe el remo. Solo en el mundo, acabo mis dias en estos lugares testigos de mi felicidad y mis desgracias.

Los jóvenes se miraron con sorpresa.

El lenguaje y las maneras del apesadumbrado anciano les interesaba y sorprendía.

—Vamos, parece que le hemos entristecido con nuestras preguntas, observó Víctor; dispense usted si hemos despertado tal vez recuerdos dolorosos con ellas.

—Nada de eso, justamente hoy viérnes, como todos los del año, he venido á este sitio á refrescar esas memorias tan tristes como queridas para mi corazon.

Al escuchar estas palabras brilló en los ojos de Víctor una curiosidad irresistible.

Aficionadísimo, como hemos dicho ya, á estudios literarios y de costumbres, andaba siempre á caza de añejas historias y empolvadas tradiciones; así que en presencia del misterioso personaje que tan inesperadamente habia encontrado, experimentaba lo que el avaro que crée haber descubierto un tesoro, y trabaja por remover la losa que lo oculta á sus miradas.

Destapó, pues, un frasco en forma de cuerno que pendia de su cintura y le ofreció un trago de aguardiente diciéndole:

—Si la simpatía y la buena voluntad pueden aliviar algo sus penas, cuente usted con las nuestras.

—Gracias, señores, contestó el interesante anciano, aceptando agradecido.

—Y yo, agregó Eugenio abriendo su morral, le regalo este par de gallinetas para su cena, y le aseguro que no será esta la última vez que nos verá por estos lugares. Quizas cuando seamos viejos amigos, no tendrá inconveniente para comunicarnos sus pesares.

—Generosos y sensibles son ustedes, buenos señores, exclamó el indio vencido por los halagos, y ya que parecen interesarse tanto por la historia de este pobre viejo, no quiero dejar de satisfacer tan inocente curiosidad.

—Que nos parece hasta cierto punto justificada, interrumpieron los jóvenes, pues su persona y lenguaje nos ha extrañado.

—Lo comprendo, contestó: pero cuando sepan ustedes las causas que me obligaron, aún jóven, á abandonar el ejercicio de pescador se explicarán porque pienso y habló con menos torpeza que mis compañeros, gracias al hombre sábio caritativo que me enseñó lo poco que sé, y cuya memoria bendeciré miéntras viva.

El viejo se recojió durante algunos instantes, fijó sus miradas con religiosa atencion en una crucecita de oro que pendia de su cuello, y murmuró como terminando un pensamiento:

—Ademas, pocos dias me restan ya de vida. El pueblo casi ha olvidado lo que voy á contar, y bueno es que las generaciones venideras sepan la verdad toda entera, aprovechando de la enseñanza que pueden dejarles las generaciones que fueron. Y volviéndose á los cazadores les dijo:

—Sienténse, pues, señores, y escuchen:

Estos se colocaron al lado del anciano. Rayo y Fiel, pareciendo comprender la solemnidad del acto, se sentaron sobre sus patas traseras frente á sus amos y permanecieron inmóviles.

El sol, próximo á hundirse en el horizonte, acababa de ocultar su roja faz tras la cima del "Pan de Azúcar," proyectando su sombra gigantezca sobre la playa y la campiña, y miéntras la luna, asomando su plateado disco por oriente, reemplazaba con sus pálidos fulgores la moribunda luz del astro del dia, el viejo pescador á quien todos llamaban en el pueblo *taita* Miguel, contó la historia que vamas á referir.

PRIMERA PARTE.

LOS AMANTES DE LURIN.

I.

UN PASEO FUNESTO.

El último viérnes del mes de Abril del año 1782, á la caida de la tarde, cuatro pescadores conducian desde la Playa del Jaguay á Lurin, sobre una camilla de palos de sauce y carrizos, un cadáver cubierto con una sábana. Doce ó quince personas seguian el convoy, notándose entre ellas un jóven que tenia húmedos y desgarrados los vestidos y heridos el rostro y las manos.

La fúnebre comitiva llegó á la plaza del pueblo, y engrosada con multitud de curiosos, se detuvo delante de la casa parroquial.

El señor cura y su ama de gobierno, doña Feliciana, se hallaban allí esperando la terrible novedad. La señora fijó una angustiosa mirada en el hombre de los vestidos mojados, se dirijió rápidamente hácia la camilla, alzó el extremo de la sábana que cubria el rostro del cadáver, y lanzando un grito desgarrador cayó sin sentido.

Miéntras tanto, el cura se cubria la cara con ambas manos y apoyado contra uno de los macizos pilares del corredor, exclamaba:

—¡Dios mio! ¡Dios mio, que horrible desgracia!......

Andrés, que era el mas caracterizado de los pescadores se

adelantó entónces, y miéntras sus compañeros prestaban á la desvanecida señora algun auxilio, se expresó de esta manera:

—Señor cura: volvia de la pesca, y al pasar cerca de la roca de "La Viuda," distinguí á un hombre que parado sobre la peña mas alta agitaba su pañuelo en el aire, haciéndome señas para que me acercara. El lugar es muy peligroso; pero la vida de un hombre estaba amenazada, y era mi deber socorrerlo. Felizmente soy de los pocos que conocen esos sitios cubiertos de rocas á flor de agua, donde cuando menos se piensa se estrella la embarcacion, y donde si se cae entre los remolinos que forman las olas, no dura la canoa, por fuerte que sea, mas que una cáscara de nuez entre las manos de un niño.

Goberné, pues, con maña y abordé el islote por el único punto posible, salté á tierra, y ví con sorpresa á Mauricio que, dando desaforados gritos, me mostraba el cadáver de Lorenzo tendido sobre un peñasco. Con mil esfuerzos y precauciones lo colocamos en mi canoa, y héteme aquí con el vivo y con el muerto.

Y uniendo la accion á la palabra, presentaba á Mauricio que, confuso y aterrado, habia escuchado el relato del pescador, oculto á las miradas del aflijido párroco por el pilar contra el cual estaba apoyado éste.

—Y tú ¿qué cuenta das de la vida de tu desgraciado amigo? le preguntó con tono severo.

—Señor, contestó el jóven con voz temblorosa, esta mañana Lorenzo me dijo: Mauricio, hace mucho tiempo que no manejo un remo, vamos á dar un paseo en tu canoa; cojeremos en los islotes cangrejos y mariscos, que traeremos á Cecilia para tomar la chicha que va á preparar para el Domingo.

Salimos á la mar y nos dirijimos á "La Viuda." La embarcacion volaba, cuando ya cerca del islote sentimos un choque violento; habiamos dado contra una roca, y la canoa empezó á hacer tanta agua que la veiamos hundirse por momentos. Nos echamos á nado, pero la corriente nos arras-

tró, y caímos entre los remolinos....perdí el sentido....cuando volví en mí me encontré tendido sobre una peña y ví á Lorenzo....

Un temblor convulsivo que sacudia todos sus miembros le impidió continuar.

Se sucedió una prolongada pausa, durante la cual solo se oian el llanto y exclamaciones de dolor del cura y de los circunstantes.

El párroco ordenó que depositasen el cadáver en la casa, y condujesen á Mauricio ante el gobernador para que se levantase el correspondiente sumario, y despidiendo á la multitud, se entregó á la doble tarea de consolar á su desolada ama y tomar las disposiciones concernientes al inanimado cuerpo de Lorenzo.

Este se hallaba desnudo, pues apenas tenia algunos jirones de tela, restos de los vestidos desgarrados, al mismo tiempo que las carnes que cubrian, por los afilados peñascos entre los cuales habia sido el infortunado jóven juguete de los remolinos.

Dos dias despues tuvo lugar el entierro de Lorenzo, y ocho mas tarde terminó el sumario levantado á su compañero de paseo, que salió por supuesto enteramente absuelto.

No se crea por esto que mas de una mala lengua dejase de aventurar disimuladamente una que otra palabra poco favorable al absuelto reo, y que las opiniones no anduviesen muy uniformes en el pueblo para confirmar la resolucion del representante de la justicia humana. La maledicencia ha sido herencia de todos los tiempos......

Ahora, renunciando á describir el justo duelo que hizo el pueblo entero por tan lamentable acontecimiento, y el profundo dolor de las personas ligadas con el tan querido jóven por lazos muy estrechos, debemos dar á conocer los hechos que habian procedido á la triste escena con que hemos dado principio á nuestro relato.

II.

LA PARTIDA.

En la época á que nos referimos, era el cura de Lurin un virtuoso sacerdote tan modesto como instruido, que apénas contaba poco mas de cuarenta años, y hacia cerca de diez y ocho que desempeñaba las funciones de párroco en ese pueblo. Hombre verdaderamente evangélico, siempre tenia en sus labios un consejo para el extraviado y un consuelo para el aflijido. En sus manos hallaba siempre el necesitado un pan y un libro el ignorante. Nunca faltaba en su bolsa una moneda para el indijente, y su corazon atesoraba ardiente caridad para todos.

La señora doña Feliciana, su ama de leche cuando niño, lo era de gobierno cuando cura. Basta mencionar esta circunstancia para justificar que el corazon de la buena señora no diese entrada mas que el amor de dos seres: Dios en el cielo y su hijo en la tierra. Pero nos equívocamos: otro afecto bastante arraigado le ocupaba tambien, era el que profesaba á Lorenzo á quien habia recojido de tres años de edad sobre el lecho de su madre viuda y moribunda.

El huérfano creció en la casa parroquial bajo la sombra benéfica de la que el llamaba simplemente mama Feliciana.

El cura fué cobrando igualmente cariño al muchacho, que le servia de ayudante en las ceremonias religiosas. Su carácter dulce y la buenas disposiciones que manifestó en el aprendizaje de las primeras letras, halagaron á su protector, el cual le dió algunas lecciones de latin, aritmética y geografia, que aprovechó admirablemente.

Lorenzo cumplió los diez y ocho años al lado de el ama, cuyo cariño pagaba con la ternura de un hijo, y de su excelente maestro, á quien protestaba un amor profundo y respetuoso.

Al par que su inteligencia su cuerpo se habia desarrollado, representando mayor edad que la que tenia y ostentando formas robustas y varoniles, y obedeciendo á la armonica ley de

su precoz desarrollo, su corazon se habia despertado muy temprano á los sentimientos de un amor puro.

Cecilia, la hermosa y modesta hija de un pescador, lo habia esclavizado con el dulce yugo de una pasion secreta y tiernamente correspondida.

Cecilia acababa de entrar en esa edad en que la mujer, dejando atras los umbrales de la niñez, siente en su organizacion ese cambio físico y moral, que le revela vagamente y en deliciosos ensueños su destino sobre la tierra.

Habia nacido en la quinta de la señora doña Cármen del Villar, rica y virtuosa viuda que durante muchos años habia residido en Lurin buscando alivio á sus dolencias, y que era su madrina.

La madre de la niña, habia servido mucho tiempo en la casa, y cuando doña Cármen dejó el pueblo y regresó á la capital, quiso llevarse consigo á su ahijada, á quien profesaba cariño y habia educado cuidadosamente; pero la madre no quiso abandonar á la hija, y un año hacia apénas que vivian solas, cuando esta pasó por el dolor de perderla, quedando entónces al lado de su anciano padre, á quien atendia y cuidaba con esmero.

Lorenzo, que era tres años solamente mayor que ella, la habia tratado desde niño. Encontrándose en análogas circunstancias, creadas por la generosa proteccion de que habian disfrutado, con una educacion superior á la que por su nacimiento podian esperar, y en la edad en que el corazon ama natural é indispensablemente, como canta el ave y el árbol da su fruto; abrieron sus almas á las castas delicias de un amor dulce y tierno, como abren su cáliz las flores al beso de la mañana.

Lo ocultaban sin embargo á las profanas miradas cuidadosamente, esperando que la edad y alguna ocupacion permitiesen al enamorado jóven pedir á su protector que uniese sus almas con eterno vínculo.

Un dia éste lo llamó y á solas con él le dijo:

—Lorenzo, ya eres un hombre, y es preciso pensar en tu porvenir. Tienes buenas disposiciones para el estudio y seria lás-

tima que quedasen estériles por falta de cultivo. Te quiero como á un hijo, y me consideraria responsable ante Dios si no pusiese de mi parte los medios para que completes tu educacion. He determinado, pues, que ingreses al seminario de Santo Toribio con este objeto.

El jóven se quedó mudo, no hallando en su turbacion que contestar á las palabras del que, procurando su bien, le imponia el sacrificio mas doloroso para su enamorado corazon. Repuesto sin embargo un tanto, se atrevió á balbucear.

—Señor: nunca podré pagar lo que debo á usted, y lo que acabo de escuchar aumenta, si es posible, mi gratitud. Pero soy hijo de un pescador y mis aspiraciones son humildes como mi cuna. Cuanto amo en el mundo está aquí, y aquí quisiera vivir y morir. Con lo que me ha enseñado usted, con lo que aprenderé á su lado, y sobre todo con su ejemplo, creo tener lo suficiente para ser feliz. Corone pues tantos beneficios con el mas grande para mí; no me separe de estos lugares.

—No, hijo mio, le replicó el cura algo sorprendido, nada sabes y te dejas llevar de los sentimientos de tu excelente corazon. El tiempo vuela y pronto volverás, quien sabe si á sucederme en mi augusto ministerio. Entónces comprenderás lo bien que hoy hago no accediendo á tus deseos. Me has dicho que mucho me debes, pues pagámelo obedeciéndome.

—Pero, señor, espere usted al menos......

—No, le interrumpió el cura, con un acento de severidad y firmeza que escuchaba por primera vez. Nada espero, pues demasiado tiempo se ha perdido. Mi resolucion es inquebrantable. Pasado mañana partirás.

Nada habia que replicar á estas últimas palabras. La gratitud y respeto sellaron los labios del pobre huérfano, por cuya suerte se interesaban mas de lo que él hubiera deseado.

Se retiró, pues, silencioso y pensativo; la tristeza se apoderó de su alma sensible, y ese dia derramó esa primera lágrima, que es la primera gota de lluvia de la tempestad de las pasiones que estalla en el corazon humano.

El dia siguiente voló con rapidez para todos; el cura y la se-

ñora Feliciana ocupados en disponer los preparativos para el viaje; para Lorenzo, que contaba las horas que le restaban de felicidad, como cuenta el condenado á muerte las que le quedan de vida.

Al anochecer, Cecilia estaba sentada bajo el cerezo que crecia delante de su rancho, el cual se hallaba en un extremo del pueblo y en un sitio solitario. Recostada con indolencia en el tronco del árbol, con las manos caídas sobre la falda, fijaba su mirada bañada en melancolía en los últimos y descoloridos celajes que se divisaban en el horizonte, y que veia desvanecerse como sus sueños de ventura.

Su padre no habia aun regresado de la pesca y esperaba á su amante. Este no tardó en llegar, y estrechando con ternura la mano de la jóven se sentó á su lado.

Pocos momentos despues hablaban de esta manera:

—Tú sabes cuanto debo al señor cura y no he querido desobedecerle, resígnate pues, querida Cecilia, al sacrificio que nos impone la gratitud.

—¡Ah, Lorenzo, imposible, contestaba la amante niña llorando sin consuelo. Mi corazon me anuncia tan tristes cosas que no puedo resignarme.

—Pero, hija mia, ya te he dicho que mi ausencia será corta. Ademas, yo vendré algunas veces, y otras que tú logres que te lleven á Lima donde tu madrina, nos darán ocasion para vernos.

—¡Ah, no creas que sea tan fácil, yo sospecho que han descubierto nuestro amor, y que él es la causa principal que te aleja de aquí.

—No lo creo, Cecilia. El señor cura nada sabe y solo trata de que aprenda algo mas de lo que sé, como ya te he dicho. Yo me aplicaré y será cosa de pocos meses.

—No, no, Lorenzo, tú te engañas ó tratas de engañarme para darme algun consuelo. ¿Qué, no sabes aun bastante, cuando le he oido decir á la señora Feliciana que tú solo sabes mas que el gobernador y el alcalde juntos? Y si algo te falta que aprender, ¿no puede acaso enseñártelo el señor cura? ¿Qué,

acaso se necesita ser tan sabio para ser feliz? No saben ni leer siquiera la mayor parte de nuestros pescadores, ¿y esto les impide ser dichosos en el seno de sus familias? ¡Ah, necesitan tan poco para ser felices los que se aman! Una choza, una canoa, y haí está Dios que multiplica los peces en el mar para el hombre honrado, que tira la red pensando en la mujer compañera de su vida y en sus hijos que correrán á la playa para recibirlo balbuceando su nombre y abrazando sus rodillas.

Ah! calla Cecilia, exclamó Lorenzo, cuya fortaleza vencia la enamorada niña con sus ardientes frases. Calla, por Dios, repitió, besando la mano de la sencilla jóven que teniendo apenás la lijera instruccion que el celoso párroco daba á las niñas del pueblo, poseía en ese momento la elocuencia que brota en los labios cuando son movidos por la corriente eléctrica del sentimiento que se desborda del corazón.

—Me desgarras el alma, continuó, con ese lenguaje que ojalá expresara una realidad para nosotros, y no un sueño delicioso pero lejano todavia. Cálmate, pues, y escúchame:

—Mañana parto á la madrugada. Hoy he hablado con Mauricio, mi único amigo á quien quiero como á un hermano. Le he abierto mi corazon y le he encargado que vele por tí durante mi ausencia. Por conducto de él te comunicarás conmigo. Ten confianza en él y nada temas. Ahora separémonos, que pronto va á llegar tu padre; al rayar el alba abre la ventanilla de tu cuarto para despedirme de tí.

—Vaya, valor y hasta mañana.

Ambos se levantaron y miéntras Lorenzo se inclinaba para besar las trenzas de ébano de su amada, ésta sacó de su pecho una crucecita de oro que pendia de un cordon encarnado, y la pasó al cuello del jóven, diciendo:

—Lorenzo, toma esta prenda que es para mí sagrada llévala siempre contigo y acuérdate de mi cada vez que la veas; piensa que si me olvidas, nada me quedará ya que amar en el mundo, é iré á reunirme con mi madre que al morir la colgó á mi cuello.

El jóven besó la cruz y repitiendo:

—Hasta mañana, se retiró precipitadamente.

El sueño huyó de los párpados de los infortunados amantes. En lugar de plegarlos su mano benéfica, los enrojeció el llanto. Ese llanto del primer amor, cuyas lágrimas de fuego caen sobre el corazon como gotas de lava hirviente, dejando en él cicatrices que solo cierran en la tumba.

Antes que el sol se levantó Lorenzo. Todo estaba aun silencioso; pero pocos momentos mas tarde sintió el ruido que hacian los caballos que ensillaban. Estaba, pues, listo para la marcha, y en breves instantes debian partir.

Corrió entónces á la ventanilla donde lo esperaba Cecilia inconsolable. Pasó sus brazos por los claros que dejaban los rústicos balaustres, y estrechando entre sus manos la hermosa cabeza de la aflijida jóven, la contempló largamente con la mirada codiciosa y avara con que contempla el desterrado, acaso por la última vez, desde el navio que le aleja de la orilla, el penacho de humo de su casa, la cruz del campanario de su pueblo, la cumbre de la montaña de su patria......

Despues la atrajo suavemente hácia su pecho, y mojando repetidas veces sus labios en las lágrimas que corrian por sus mejillas, exhaló un suspiro y se alejó sin pronunciar una palabra......

III

UN AMIGO SOSPECHOSO.

Pronto iban á cumplirse cinco meses desde el dia en que se despidieron nuestros conocidos amantes. Mauricio habia cumplido fielmente el encargo de su amigo. Pasaba largas horas al lado de Cecilia, y dos ó tres veces habia ido á Lima á instancias de ésta, trayéndole noticias de Lorenzo.

Como se vé, se realizaban los temores de la enamorada jóven, y era mas difícil de lo que habia creido el hoy seminarista verse con frecuencia. El cura hombre experimentado, comprendia, aunque ignorando los amores de su pupilo, que no le convenian los aires de Lurin, y no le habia permitido volver ni

una sola vez, apésar de sus repetidas súplicas; Cecilia, por su parte, tampoco habia logrado que la llevase su padre donde su madrina, y por consiguiente, durante el tiempo transcurrido no habian vuelto á verse.

Pero tres dias ántes de la fiesta de Santa Rosa la niña decia alborozada al amigo de Lorenzo.

—Buenas noticias, Mauricio, buenas noticias!

—Y ¿de quién y por qué? preguntaba éste poco satisfecho con la alegría de su recomendada.

—¿De quién? de mí y ¿por qué? Porque he alcanzado que mi *taita* me lleve á Lima, y me dejará donde mi madrina una semana y veré á mi Lorenzo. Ah! sí, lo veré. Oh! qué gusto, qué felicidad! Y juntaba sus manos y movia su cabeza rebosando contento.

—Y ¿cómo lograrás verlo, si está encerrado en el colegio? objetó su interlocutor desconcertado.

—¿Cómo? en la Catedral. Yo iré con mi madrina á la fiesta, y he oído decir á la señora Feliciana que los colegiales asisten.

—Bueno, lo verás, repuso Mauricio cada vez mas contrariado, y no podrás ni hablarle siquiera, y él tal vez ni te verá entre el inmenso gentio, y te volverás mas triste y desesperada de lo que te vas.

—No, no será así, y aunqué eso sucediera, que no lo creo, tendré siquiera el consuelo de haberlo visto, despues de cinco meses ¡ay! que no lo veo ni escucho su voz, replicó la jóven con los ojos anegados en llanto.

—Y luego, continuó su amigo, yo no sé como se atreve á llevarte tu taita, cuando el camino está lleno de ladrones; ayer no mas han asesinado á dos pasajeros, y todos los dias no se oye contar otra cosa que los robos que hacen á todo el que pasa. Es una locura, yo voy á hablarle ó al menos te acompañaré.

Cecilia se quedó suspensa un momento, en vista del empeño que ponia Mauricio para estorbar su viaje, y concluyó diciéndole con seriedad.

—Cuidado que te atrevas á decir una palabra á mi taita, y no solamente te prohibo que hables, sino tambien que me acompañes. Estoy resuelta, y nada en el mundo me impedirá ir á Lima. Mañana salgo.

Y dejándolo solo, se entró á su rancho.

IV.

LA FIESTA DE SANTA ROSA

Era el 30 de Agosto de 1781. Las innumerables campanas de las sesenta y tantas iglesias de Lima ensordecian el aire con sus repiques, y la muchedumbre acudia en tropel á la Metropolitana.

Las once sonaron. El Virey, la Real Audiencia, las comunidades religiosas, los colegios y demas corporaciones empezaron á desfilar en el mayor órden, desde el feísimo palacio á la magnífica Catedral, y fueron ocupando en su espaciosa nave central los lugares que les correspondian.

Infinito número de luces brillaban en el suntuosa templo, reflejándose como en pulidos espejos sobre las macizas planchas de plata que cubrian las columnas del altar, y quebrándose y multiplicándose en las labradas cornizas y dorados chapiteles que ostenta su hermosa arquitectura. Ricos cortinajes de terciopelo encarnado galoneados de oro vestian los altos muros, y las cintas y los festones de flores pendientes de la techumbre se entrelazaban, formando graciosòs dibujos.

A la izquierda del altar se veia, colocada sobre una anda y adornada con inmensa riqueza y exquisito gusto, la imágen de la santa patrona de Lima coronada de rosas.

La música resonó llenando de armonía los ámbitos del templo, y comenzó la fiesta.

La concurrencia era numerosísima; pero en la nave alta del centro se veia la parte mas noble y hermosa de ella, representada por las señoras lujosamente ataviadas con la elegante basquiña y adornadas con valiosas joyas. Los chispeantes ojos de

las andaluzas de América dírijian sus dardos sobre los apuestos caballeros que, deslumbrantes de bordados y predería, formaban el acompañamiento del Virey, prestando poca atencion á las ceremonias religiosas, que seguian devotamente unas pocas viejas; las que, á su vez, se distraian ya para dar un pellizco á una niña que sorprendian infraganti, ora para echar con la vecina una mano de murmuracion.

Una mujer habia sin embargo, cuya mirada no se apartaba de un solo punto. Nada veia ni nada oia, absorta en la relijiosa contemplacion, no de la santa, sino de un colegial de Santo Toribio.

Este, con la cabeza inclinada, parecia entregado á una profunda meditacion, que embargaba su espíritu y no le permitia fijar atencion en los objetos que le rodeaban. Su pálido rostro, sus mejillas hundidas y el cárdeno círculo que se veia al rededor de sus ojos atestiguaban sus sufrimientos.

Ya habrán adivinado nuestros lectores que Cecilia y Lorenzo son los personajes que hemos bosquejado.

La amante niña asistia á la fiesta acompañada de su madrina, y, admirable contradiccion de las humanas pasiones contemplaba con secreta alegría el rostro desencajado del seminarista, por cuya salud habria dado la vida.

—Ah! se decia: Lorenzo no me ha olvidado; él sufre por mí, y los dolores de su alma gravados en su semblante son la garantía de mi amor.

Pero la impaciencia la exasperaba; cuánto habria dado porque la dirijiese si quiera un mirada. Su enamorado corazon golpeaba su pecho con violencia, atraido por un fluido misterioso que se desprendia del sér querido á quien pertenecia. Sentia ya vértigos, ora impulsos de locura, que casi la decidian por momentos á lanzarse, atropellando á todo el mundo, hasta caer en sus brazos.

Dos horas trascurrieron: dos siglos de lucha y angustia. La fiesta terminaba, por fin, y salia la procesion.

Cecilia se hallaba cerca de la escala por donde debian bajar las corporaciones siguiendo al anda. Un esfuerzo y conseguia

hacerse ver de Lorenzo. Estaba resuelta ahora y no titubeó. Se deslizó entre la muchedumbre que se ponia en movimiento, y arrastrando consigo, y apesar suyo, á su madrina que trataba de detenerla por el manto, llegó hasta el lado del colegial, cuya mano estrechó fuertemente.

Este volvió la cara, y lanzando un grito ahogado de sorpresa, se quedó clavado en el sitio. Sus mejillas se colorearon, como las hojas teñidas por la rojiza lumbre del sol despues de la tempestad. En sus ojos brilló una mirada llena de amor y de esperanza, como el rayo de luz del faro salvador para el navegante perdido en la inmensidad del océano.

Todo esto pasó en ménos tiempo del empleado en describirlo. La pujante multitud los envolvió y separó nuevamente, como las hojas que arrebata el torrente; cuando volvieron en sí, en vano se buscaron; estaban ya distantes.

Pero Cecilia no se desanimó: abriéndose paso con un vigor superior á sus fuerzas, luchó y reluchó hasta ganar la puerta principal, y allí esperó á que desfilara el cortejo.

Llegó bien pronto, y con él Lorenzo, que habiendo tenido tiempo para reponerse de su sorpresa, cambió desimulada y rápidamente el siguiente diálogo con su querida.

—¿Dónde estás alojada?

—En casa de mi madrina, calle de Hoyos, tercera puerta á la derecha, en el altillo.

—Esta noche......... á las doce...... tres palmadas......... arroja una cuerda.........

—Lo haré.

—Adios!

La multitud volvió á separarlos, logrando Cecilia, despues de largo tiempo y grandes penas, reunirse á la buena señora de su madrina, que andaba desatentada por iglesia buscándola.

V.

NO HAY CERROJOS PARA EL AMOR

Las doce de la noche acababan de dar en el reloj de San Pedro. La ciudad dormia envuelta en la oscuridad y el silen-

cio, pues apenas se veia uno que otro farol agonizante que daba mas sombras que luz.

Dos bocas habian, sin embargo, contado una á una con labios temblorosos las doce campanas, cuyo éco sonoro resonó en sus oidos como resuena en los del soldados el toque del clarin que dá la señal del combate. Una de esas bocas de labios frescos y sonrosados adornaba el rostro de una mujer que, recostada en la baranda de un balconcillo, tenia una cuerda arrollada en el brazo. La otra pertencia á un jóven que en aquellos momentos escalaba los altos muros que separaban el claustro del seminario de Santo Toribio de la casa conocida *de las bulas*.

Desafiando mil peligros con prodijios de fuerza y agilidad, ya caminaba sobre el estrecho y desigual filo de un caballete ó una quincha, ya salvaba de un salto un ancho callejon, ó ya se deslizaba desde lo alto de una elevada pared. En fin, descendió por una tapia mas baja y se encontró en un corral. Tocó una puertecilla, corrieron un cerrojo, y se halló en presencia de una mulata vieja y seca como un pergamino ennegrecido por el tiempo. Con una mirada penetrante y á favor de la luz de una vela de sebo colocada en un farolillo, reconoció al colegial, recibiendo, miéntras duraba el exámen, un peso que este puso en su mano.

—Su mercé es nuevo, niño, pues no lo conozco, dijo la mulata.

—Ni te importa conocerme, Escolástica, sirveme bien que este es mi nombre.

Y con el ademan del que presenta su tarjeta, le entregó una segunda moneda.

—Bien servido será mi amito, replicó la vieja, satisfecha de la generosidad del nuevo cliente. Pero cuidado no mas niño que se le pase la hora. Vea su mercé, el otro dia volvió un colegial cuando ya habian tocado la campana, lo vieron y casi me compromete.

—No tengas cuidado, pero déjame salir pronto.

—Sí, mi amo, vamos, continuó la Cicerone, conduciendo al colegial al través de una vivienda asquerosa, yo soy una mujer

honrada, y solo por servir á mis niños no quisiera que me fueran á chismear con el señor rector.

—Bueno, bueno, dijo el jóven, á quién le fastidiaba tanta charla, por donde es la salida.

—Por aquí, dijo la oficiosa abogada de los prófugos, abriendo una puerta que daba á la calle.

—Esperame, dentro de dos horas estoy de vuelta, terminó el seminarista embozándose en su capa.

—Muy bien, mi amo, contestó la mulata, cerrando la puerta tras él.

Diez minutos despues una sombra se deslizaba por la acera derecha de la calle de Hoyos. Resonaron tres palmadas......Soltaron el extremo de una cuerda que estaba por el otro fuertemente atada......y subió por ella hasta un balconcillo un hombre, que fué recibido en los brazos de la mujer que le esperaba.

VI.

EL REGRESO.

Seis meses apénas habian trascurrido desde la noche del 30 de Agosto.

El cura se mantenia firme en su propósito de hacer de su pupilo un hombre de provecho, y sobre todo, un buen sacerdote. Los enamorados jóvenes, fieles á sus juramentos, atizaban la hoguera de su amor con los obstáculos, las contrariedades y los sufrimientos.

El virtuoso párroco veia de tiempo en tiempo á su protejido, y no estaba por cierto satisfecho con los informes que le daba el rector del seminario, su antiguo condiscípulo, pues si bien era verdad que el colegial cumplia religiosamente sus deberes, lo era tambien que su quebrantada salud y su profundo abatimiento manifestaban claramente la falta de voluntad para segundar las miras del buen señor.

Era una hermosa y serena tarde. En el conocido corredor de la casa parroquial se hallaban sentados el señor cura y la se-

ñora Feliciana, el primero leia una carta que acababa de recibir, miéntras la segunda saboreaba un puro de Cartajena, como postre de su comida.

Terminada la lectura, dobló el párroco la carta y se quedó pensativo. El ama, acostumbrada á leer en el semblante de su hijo como en un libro, conoció que no era agradable la noticia que contenia el pliego. La femenil curiosidad y el maternal intéres la obligaron, pues, á preguntar:

—¿De Lima es la carta que acabas de leer?

—Sí, de Lima, adonde tendré que ir mañana y de dónde no volveré solo.

—¿Y quién es el acompañante? preguntó el ama.

—El que ménos piensas sin duda.

—Entónces no es ninguno de tus amigos.

—Parece que no quiere serlo, contestó el cura con acento apesadumbrado:

—Vaya, acaba, hijo, que me pícas la curiosidad.

—Pues bien: esta carta es del rector, quien me llama con urjencia para resolver la separacion de Lorenzo, que no puede permanecer en el colegio por el mal estado de su salud, agravado últimamente.

—Ay! pobre mi hijo, y qué está malo, por Dios, dímelo, no me engañes.

—No, no hay porqué alarmarse; pero los médicos han manifestado que es muy peligroso que se le tenga por mas tiempo en el Seminario, pues la extrema debilidad en que se halla podria determinar la tísis, si no cambia en el dia de temperamento.

—¡Ay señor! que trabajo, observó la señora. De manera que ya no podrá recibir las órdenes menores en la próxima pascua, como habiamos pensado.

—Ni en la próxima ni en la remota, agregó el cura, pues es evidente que el muchacho no quiere que se realicen nuestros proyectos, y tengo la presuncion, tal vez infundada pero muy arraigada, de que su enfermedad es mas moral que física.

—¿Qué quieres decir con eso? le interrumpió el ama sobresaltada.

—Que Lorenzo tiene alguna pasion oculta, respondió el sacerdote con acento de conviccion.

—Ah! No, no, imposible, objetó doña Feliciana, protestando. Qué pasion puede caber en el corazon de ese niño. No lo veiamos aquí que no pensaba mas que en sus altaritos.

—Es que ha pasado la edad de los altaritos, y se despierta temprano su corazon al calor de otros sentimientos propios de su edad, como se despiertan los pajarillos dormidos bajo el follaje de los árboles á los primeros albores del dia.

—Pero señor, si Lorencito no tiene malicia ni conocimiento del mundo, lo que tiene que, como los pajarillos de que acabas de hablar, estaba acostumbrado á esa vida libre, y ahora la extraña en la jaula donde se le ha encerrado.

—Pues veo que será necesario abrirle la jaula, concluyó el párroco con resolucion.

Y así sucedió:

Hacia algo mas de un mes que no habia visto el buen párroco á su pupilo, y cuando se lo presentaron al dia siguiente en el Seminario, se asustó mirando el estado en que se encontraba.

No hubo, pues, mas que obedecer á la fuerza de tan apremiantes circunstancias.

El huérfano, que habia dejado las riberas donde vió la luz primera robusto y hermoso, regresó pálido y estenuado, como esas flores que, trasportadas del campo donde brotaron lozanas al banco de un jardin, se marchitan en su dorado tiesto por falta de aire y de luz.

Por fortuna su mal era curable con solo devolver á su corazon la atmósfera de amor donde aspirára los elementos de vida que le faltaban. Así es que algunos dias despues de su regreso se le vió completamente restablecido. Todos, ménos su protector, lo atribuyeron al buen temperamento del lugar. Lo que es para nosotros, ya sabemos que era únicamente el efecto de la felicidad del alma, que al reflejarse en el cuerpo se llama salud.

Raro parecerá que Cecilia no participase de la justa ale-

gría que sentia su amante desde su regreso; una profunda tristeza se habia apoderado de ella, y era presa de una constante inquietud. La causa que la producia pronto dejará de ser un misterio para nuestros lectores, pues pocos dias despues de la llegada de Lorenzo, partió para Lima, y hacia cerca de un mes que allí se encontraba, cuando llamando el cura á su protegido, encerrado en su cuarto de estudio tenia lugar entre ambos la siguiente explicacion.

—Ven acá hijo mio: eres un ingrato, le dijo con tono de reconvencion.

—Señor, respondió el acusado, casi llorando, que he hecho para merecer tan duro tratamiento.

—Ocultarme lo que un buen hijo debe confiar á su padre ántes que á nadie en el mundo.

El jóven permaneció mudo y desconcertado. Todo lo adivinaba.

—Te has dejado dominar por una loca pasion, agena de tu edad y que te ha sido funesta.

—Bien, lee ahora esta carta de la madrina de Cecilia, que acabo de recibir, agregó, sacando un pliego y desdoblándolo lentamente.

Lorenzo tomó el papel y temblando leyó—

Señor de toda mi estimacion y respeto:

"Á usted, á quien Lorenzo debe cuanto es, y que tiene sobre él todos los derechos de un padre, debo dar cuenta de los graves sucesos que han tenido lugar, para que ponga el remédio que en su prudencia y saber crea conveniente.

"Lorenzo y Cecilia se aman: la separacion y la ausencia no han impedido que, arrastrados por su loco amor, hayan buscado y encontrado oportunidad, en la cual ha olvidado el primero sus deberes y la segunda el cuidado de su honra.

"Cecilia ha sido madre hace tres dias; el niño que ha dado á luz lo he alejado de mi casa por los respetos debidos á la sociedad, y lo he dado á criar con el mayor secreto; es urgente que resuelva usted se lleve á cabo, á la ma-

yor brevedad, la santa union que restituya á mi ahijada la honra perdida y de nombre á su hijo.

"Así lo espera su verdadera amiga y segura servidora

CÁRMEN RAMIREZ V. DEL VILLAR."

El descubierto amante, comprendiendo despues de un momento de suprema confusion, que se hallaba en uno de esos casos hartos frecuentes, en que el mismo exceso de mal trae consigo su remedio, concluyó de leer la carta casi tranquilo y seguro de su triunfo. Doblóla, pues, muy despacio, y esperó silencioso y con los ojos bajos la sentencia que, aunque fuera pronunciada entre los rayos del justo enojo paterno, no podia dejar de serle favorable.

—Necesario me es ahora saber, señor seductor, prosiguió el cura con tono irritado, ¿qué piensa usted hacer? ¿cual es su resolucion?

Lorenzo no contestó.

—Sí, conteste usted, pues ya veo burlados todos mis proyectos por un capricho de muchacho, por una locura criminal, preciso es pensar de otra manera.

—Señor, dijo Lorenzo, despues de un momento de reflexion. Esta es la primera vez que amo, y yo no sé lo que será un amor sério y profundo, para distinguirlo de un capricho de niño; pero puedo si asegurar que siento que este amor es mi vida. Mi constancia en medio de los obstáculos y la ausencia, y los efectos que en mi salud han producido, es todo lo que puedo alegar para probar que no es un deseo pasajero. La mas brillante carrera, las grandezas de una posicion social la mas codiciada, no me seducen sino las he de compartir con esa pobre muchacha, que es sin embargo la mitad mas preciosa de mi vida.

—Pues bien, concluyó el contrariado párroco, despues de un prolongado silencio, lo que me has dicho lo esperaba yo, ni hay mas que hacer—todo está perdido.—Dentro de quince dias te casarás.

Lorenzo, anegado en delicioso llanto, cayó á los piés de

su generoso protector, y enmudecido por la emocion, abrazó estrechamente sus rodillas.

VII.

PADRE É HIJO.

Al dia siguiente partia Lorenzo nuevamente para la capital, conduciendo la contestacion de su protector.

Ligero y bello le pareció el camino que tan triste y pesado le habia parecido cuando, un año antes, lo recorrió por la primera vez. Entónces hacia el camino del desterrado, y cada paso que daba era un nuevo espacio que ponia entre él y su felicidad; ahora, mil proyectos de ventura ocupaban su cabeza y hacian latir su corazon. Era feliz.

Una vez llegado á su destino, y cumplida la comision de que estaba encargado, pidió á la señora del Villar que le concediese ver á Cecilia, y fácil es concebir el justo gozo que inundaria las almas de los felices amantes.

Una hora despues la caleza de la señora subia el Cármen-Alto, continuó aun su marcha, solo se detuvo delante de la puerta de un jardin que poseia la madrina de Cecilia en el Cercado.

Doña Cármen y Lorenzo descendieron del carruaje. Este dió tres golpes con el llamador, que en la forma de un grueso punto de admiracion estaba fijo á la puerta, y un momento despues se oyó correr un cerrojo, y apareció en el postigo una mujer á quien saludó la señora con el nombre de Martina. Ésta contestó con respeto, y cerrada que fué la puerta, acompañó á los visitantes hasta una vivienda humilde y aseada donde no se veian mas muebles que cuatro sillas de paja, una mesa de roble, una cama en un ángulo y una cuna junto á ella.

—Puedes retirarte, Martina,—dijo Doña Cármen.

Aquella obedeció. Acercándose entónces á la cuna, entreabrió la blanca cortina que la cubria y sacó en sus brazos

una criatura de pocos dias, que colocó en los de Lorenzo.

Este, pálido el rostro, y húmedos los ojos y profundamente conmovido estrechó con inefable ternura al niño colmándolo de caricias, y descolgando de su cuello la crucecita que hacia un año habia recibido de Cecilia, la pasó al de su hijo.

¡Quién le dijera entónces que ese seria el único y mas precioso regalo que le haria, y la única vez que le sería dado estrecharlo contra su corazon de padre......

Lorenzo regreso esa misma tarde á Lurin.

Quince dias despues tenian lugar sus funerales, el mismo dia y en el mismo templo donde debió celebrarse su matrimonio.

La funeraria tea y el mústio ciprés de la tumba habian reemplazado á la verde corona de mirto y la chispeante antorcha de Himeneo. Misteriosos contrastes de la humana suerte, que los paganos atribuian al Hado, que los musulmanes llaman Fatalidad, Providencia los cristianos, y casualidad los necios.

Ciertamente la infortunada Cecilia, que habia regresado de la capital ese mismo dia, no atribuyó á ninguna de tan encumbradas causas su desgracia. Ella era la única en el mundo que podia adivinarla, y que la comprendió en toda su verdadera y horrorosa deformidad. Por eso su alma noble y sensible no pudo resistir tan ruda como inesperada conmocion y como la lámpara cuya luz al soplo de récio viento se agita, crece oscila, y al fin se apaga, así, al recibir tan tremenda nueva, empalideció su rostro, sus ojos salidos de sus órbitas no brotaron una lágrima, sus labios entreabiertos no dieron paso al grito que expiró en su garganta y la luz de su razon, azotada por el furioso vendaval del dolor del espanto, se apagó en su cerebro.

Cuando volvió del prolongado desmayo en que permaneció sumida largo tiempo, ardiente fiebre la abrazaba y violentas convulsiones sacudian sus miembros.

Pocas horas despues fué trasladada á la casa parroquial,

donde la caritativa Da. Feliciana dió tregua forzosa á su afliccion, para atender á la que habia sido el ser mas querido para su difunto hijo.

Cerca de un mes de prolija asistencia, durante el cual estuvo suspendida entre la vida y la muerte, alcanzó á devolverle la vida del cuerpo. Pero el alma quedó sepultada en esa sombria tumba del espíritu que se llama locura. Cecilia estaba loca.

SEGUNDA PARTE.

LOS PESCADORES DEL JAGUAY

I.

MARTA Y MIGUEL.

Los pueblos de Lurin y Pachacamac, compuestos hoy de unos cuantos ranchos miserables y casi desiertos, no son siquiera la sombra de lo que eran hace un siglo. Su poblacion era numerosa, pues se contaba en todo el valle mas de diez mil habitantes y los restos de los antiguos edificios atestiguan su pesada importancia, que se puede leer aun escrita en las ruinas de las magníficas quintas, donde los nobles señores de la capital iban á pasar deliciosamente la calurosa estacion.

Aun queda memoria de las renombradas fiestas de San Miguel y Nuestra Señora del Rosario, que se celebran en dichos puntos con extraordinaria explendidez, y á las que asistia inmensa concurrencia de la capital y los alrededores.

Como consecuencia de estado tan floreciente, se veia gran número de canoas en el Jaguay, y una poblacion formada de los ranchos de los pescadores se estendia en la playa de la tranquila ensenada, hoy casi solitaria, y adonde ahora conducirémos á nuestros lectores, reanudando el hilo de nuestra narracion, un año despues de acontecidos los sucesos con que concluimos el último capítulo.

Allí vivia Andrés Huapalla, el buen pescador que recojió

el cadáver de Lorenzo, y que era el jefe del gremio, querido y respetado por sus compañeros de oficio.

Ganando el pan diario con su honrado trabajo, limpia la conciencia y el corazon tranquilo, habria sido completamente feliz, si la esterilidad de su mujer, la excelente Brigida, no le hubiese privado de susecion hasta entónces. Silencioso y triste encontraba su hogar, cuando al regresar de la pesca hubiera deseado sentar sobre sus rodillas el fruto de su amor.

—Atraeré la bendicion del cielo sobre mi casa, se dijo un dia, ejerciendo la caridad con los niños; y poniendo en práctica su inspirado propósito, regresó una tarde de Lima con un niño.

Y el cielo le escuchó:

Diez y ocho meses despues se veia una mañana desierta la playa. Los pescadores, en numerosa y alborotada caravana, se dirijian, caballeros sobre sus pacíficos jumentos, á la vecina loma llamada "Quebrada de la leña." Allí, miéntras sus cabalgaduras sacaban el vientre de mal año paciendo la crecida yerba, se reunian al rededor de la humeante *pachamanca*, cuyo ardor apagaban con sendos mates de sabrosa chicha, entonando, al son del arpa y las flautas de carrizo, alegres canciones en celebridad del nacimiento de Marta tardio pero hermoso fruto de la hasta entónces infecunda Brigida.

Nada tuvo entónces que desear el feliz matrimonio. Miguel el huérfano, y la graciosa Marta formaban sus delicias y el hogar, antes triste y solitario, estaba alegre y bullicioso.

Mauricio residia tambien en el Jaguay, recientemente.

Ningun acontecimiento que pudiera dar interes á la historia del viejo pescador ocurrió durante mucho tiempo, si exceptuamos la repentina muerte que puso fin á los dias de la buena madrina de Cecilia, pocos dias despues de la catástrofe con que concluyó la primera parte.

El apesadumbrado cura y su buena ama seguian viviendo en compañia de la desgraciada loca.

Cecilia no tenia violentos accesos. Su locura era mansa y tranquila; una profunda tristeza habia tendido el velo de la

melancolia sobre su hermoso semblante, que habia perdido la frescura de la juventud, envejeciendo veinte años en uno.

El pueblo iba olvidándose ya de los lamentables sucesos que un dia lo conmovieron, que los ajenos dolores se desvanecen en el tiempo como en el aire el sonido, y apénas algunas abuelas contaban á sus nietos, para hacerlos dormir, que todos los Viernes al toque de ánimas se aparecia un fantasma sobre la roca de "La Viuda," que exhalaba lastimeros quejidos y cuyas negras vestiduras flotaban al soplo del viento.

El tiempo, mientras tanto, rozando con su ala lijera é infatigable las frentes infantiles de Miguel y Marta, las levantaba cada dia un punto del suelo. Habian pasado su primera edad arrojando piedrecillas á las olas, que borraban las huellas de sus piecesitos estampados en la arena, ó botando al mar embarcaciones de cáscaras de sandía arboladas con carrizos y tripuladas por muñecos de totora.

Pero Miguel fué un hombre, y su mano habia soltado el juguete del niño para empuñar el remo del pescador. Su compañera de infancia dejó de correr por la arenosa playa para ocuparse en las tareas domésticas, ayudando á su madre.

Así, miéntras Andrés tejia una red y su mujer llevaba al mercado el producto de la pesca, el jóven surcaba las olas para extraer de su seno la subsistencia de la familia, y Marta atendia á la casa y preparaba el alimento.

La niña acababa de cumplir diez y seis años. Era hermosa, con esa hermosura en la cual ninguna parte puede reclamar como suya el tocador. Sus facciones, sin tener la correccion de formas ensueño del poeta y modelo del artista, ostentaban la frescura y lozanía que dan la salud del cuerpo y la inocencia del alma.

Sus ojos pardos tenian una mirada lánguida y dulce como el rayo tembloroso del lucero de la tarde; su voz era suave como el murmullo de la brisa entre las ramas; su corazon inocente como el sueño de un niño.

Miguel completaba en su cuarto lustro, mostrando formas robustas y varoniles. De carácter apacible, abrigaba un corazon generoso y un alma honrada.

Los jóvenes habian crecido no atesorando otros afectos que el filial cariño para sus padres y la ternura fraternal entre ellos. Sin embargo, hacia algun tiempo que este último sentimiento se trasformaba, casi sin dejarse percibir, obedeciendo á la elocuente voz de la Naturaleza, en otro afecto menos tranquilo y sosegado, si bien mas ardiente y enérgico.

Miguel se sentia embarazado para tratar á su hermosa compañera de infancia con la libertad acostumbrada, y cuando á solas con ella se encontraba, experimentaba algo como el cuidadoso afan del que lleva entre sus manos un objeto muy bello pero tambien muy frágil.

Para Marta no existia otro hombre digno de penetrar en el santuario de su amor que el jóven pescador. Nada decian por eso á su corazon los requiebros de Cipriano, hijo único de Mauricio, y ni siquiera comprendia sus miradas ardientes y sus palabras amorosas. Sintiendo la secreta inquietud del que ama, experimentaba algo como la impaciencia del que espera, pero con la seguridad de que no faltará á la cita.

Por eso quedóse muda de sorpresa el dia que oyó á Mauricio decir á su padre.

—Andrés, tu sabes que soy muy desgraciado; tu has visto como he perdido á mis cinco hijos, todos de muerte violenta. No me queda mas en la vida que Mauricio. No me niegues, pues, su felicidad que está en tus manos. El muchacho quiere á tu hija, dásela por mujer y moriré tranquilo.

El honrado pescador contestó lacónicamente y sin detenerse:

—Consultaré su voluntad. Yo nada puedo resolver.

Y cortando bruscamente la conversacion, se separó del pretendiente.

II.

UNA PARA DOS.

Era la noche. La tierra dormia arrullada por el susurro de las brisas y el murmullo de las aguas. Velaba su sueño la lámpara de plata que el Creador colgó del azul pabellon de su tienda, y que enciende el sol con su beso de despedida. El silencio

era turbado únicamente por el cadencioso rumor de las olas, que morian suspirando sobre la arena.

Los pescadores, rodeados de sus familias y sentados sobre anchas esteras á la puerta de sus ranchos, conversabau perezosamente sobre sus diarios y prosáicos asuntos, miéntras Miguel y Marta, apartados de los grupos, se hallaban uno al lado del otro, sentados sobre una peña que las olas, besaban al espirar.

El jóven entonabá en su flauta de carrizo una sencilla y melancólica melodía, que su compañera seguia con dulcísima voz, cantando así:

Feliz, contenta y libre,
Como el pez en los mares,
Alegre yo vivia
Sin penas, sin afanes;
Reia con la aurora,
Cantaba con la tarde,
Y en la tranquila noche
Mi quieto sueño no turbaba nadie.

Mas ¡ay! caí en las redes
De un pescador amante,
Y desde entónces lloro
Con la aurora y la tarde;
Y hasta en mis sueños miro
Siempre ante mi la imájen
Del pescador tirano,
Que logró el corazon aprisionarme.

¡Ay! si él en su canoa
Al mar quiere llevarme,
Yo al blando son del remo
Le entonaré cantares;
Y á estar volveré alegre
Mañana, noche y tarde,
Que, como el pez sin agua,
Vivir no puedo sin su amor constante.

Dejó de sonar la flauta, y la voz de Marta expiró lánguidamente en una prolongada nota, triste como el rayo postrero del sol que muere, dulce como el arrullo de la amante tórtola, tierna como un adios......

Su frente ardorosa se dobló sobre el hombro de Miguel, como se dobla la espiga al soplo del vendabal, y una lágrima rodó, como preciosa perla, desde sus ojos hasta la mano del jóven que estrechaba su diestra. Un fluido misterioso circuló por las venas de ambos como hirviente lava. El brazo del pescador rodeó la flexible cintura de su amante compañera, y sus labios se juntaron con inefable delicia....

Sus almas se habian desposado ante Dios y la Naturaleza.......

Un momento despues, Marta despertó de su amoroso letargo, y desasiéndose de los brazos del que habia dejado de ser su hermano corrió hácia el rancho de sus padres.

Miguel permaneció sumido en tan delicioso ensueño; pero el golpe rudo de una mano robusta sobre su hombro lo despertó. Volvió la cara, y miró ante si á Cipriano cuya mirada de fuego lo abrasaba. El temblor de una rabia contenida sacudia sus miembros y le impedia casi hablar. Balbuceando, pues, le dijo con voz ronca:

—Uno de los dos está aquí de mas.

—No te comprendo, contestó Miguel con voz sosegada.

—Amo á Marta y debe ser mi mujer, replicó el hijo de Mauricio.

Una carcajada burlona fué esta vez toda la respuesta que recibió.

—Bien, rie ahora, mañana tal vez llorarán por tí.

—Tienes fama de valiente, dijo el correspondido amante, pero yo no te temo, ¿que quieres pues?

—Que te resuelvas á que Marta sea mi mujer, ó me la quites como hombre.

—Miguel con tono burlon bajo del cual queria en vano ocultar su profunda indignacion, le contestó:

—Tú comprendes que será lo segundo, y te doy las gracias, porque al menos no quieres proceder de un modo mas sencillo, encargando á los remolinos de "La Viuda" la explicacion de mi muerte......

—El chasquido de una bofetada se oyó, interrumpiéndole bruscamente.

—Miguel saltó furioso como un leon herido; su adversario lo detuvo con un brazo de hierro, diciéndole:

—Este no es el lugar, á la vista de todos no se pelea cuando uno de los dos debe morir.

El ofendido se contuvo.

—Comprendo, dijo, ¿pues dónde?

—Mañana, detras de "La Viuda", al caer el sol.

—Bien, hasta mañana.

—Adios.

Y se dirijió cada uno por opuesto lado.

Pero cuando desaparecieron, una sombra salió de tras de una gran piedra inmediata al sitio donde habia tenido lugar esta violenta escena, y se deslizó silenciosamente hácia los ranchos......

III.

LA CATÁSTROFE.

El dia siguiente era viérnes.

El sol no habia aun aparecido en el horizonte, cuando ya se veia á los pescadores salir de sus chozas con la red envuelta sobre un hombro y los remos sobre el otro. Detras de ellos la mujer ó la hija llevaban un mate de calabaza que contenia agua y una bolsa de lona con los víveres. Unos y otros depositaron en las canoas su carga, y pocos momentos despues no quedaba á los claros rayos del sol, que se asomaba por Oriente, mas embarcacion sobre la playa que una muy lijera, hecha de un tronco ahuecado y que llaman *pelado*. Habia sido primorosamente trabajada por Andrés para el uso especial de su hija que salia con frecuencia hasta la boca de la ensenada á recibir á su padre ó á Miguel cuando volvian de la pesca, y que manejaba con maestria.

Solo habian quedado en el Jaguay los viejos pescadores; cuyos

hijos les aliviaban de un trabajo ya excesivo para sus cansados miembros. Andrés salió despues del medio dia con direccion al pueblo, y debia regresar en la tarde con el señor cura, que venia á hacer una visita á sus feligreses.

El mar habia estado muy agitado, y se veian desde la playa las montañas de blanca espuma que levantaban las embravecidas olas chocando contra los peñascos de "La Viuda." La abrigada ensenada permanecia sin embargo tranquila.

El sol describió su trillada órbita y se hallaba cerca ya del término de su diurna carrera, cuando Marta se embarcó en su lijero esquife, y sentada en la proa se alejó de la orilla, manejando con gracia y destreza la pequeña embarcacion.

Pero no se detuvo esta vez en la boca de la serena bahia, sino que se dirijió hácia la peligrosa y conocida roca. Andrés que volvia en ese momento del pueblo con el anciano párroco, distinguió á su hija desde la altura del barranco; asustado al ver á la imprudente jóven fuera de la ensenada, y comprendiendo el inminente peligro que corria, dió repetidas voces y agitó su pañuelo haciendo señas para que volviera; pero sea que no le viese ni oyese, ó que la embarcacion, arrastrada por la corriente, no obedeciese á los esfuerzos de la débil niña, lo cierto es que siguió su rapidísimo curso en direccion de "La Viuda."

El infeliz padre bajó á la playa con la intencion de volar en socorro de la atrevida jóven; pero ¡ah! ni una sola embarcacion habia en la orilla. Dando entónces desaforados gritos de dolor se arrancó los cabellos de desesperacion, y lágrimas abundantes surcaron sus rugosas mejillas, así como se abren paso por las fragosas gargantas de las quebradas las aguas que la tempestad acumula en la cordillera.

Acudieron los habitantes del Jaguay, y pudieron contemplar y comprender el impotente dolor del padre y el inminente peligro de la hija. La afliccion fué entónces general.

Los viejos pescadores, en diversos grupos, discutian dando unos alguna esperanza, explicando otros la inevitable catástrofe que amenazaba; las mujeres y los niños poblaban el aire con sus

ayes, y todos, inmediatos á la orilla, formaban un semicirculo donde reinaba la consternacion y el espanto.

Derrepente se oyó un grito lleno de esperanza, salido de los labios de la madre de Marta, grito que se repitió por todas las bocas como el éco del trueno en las montañas: acababan de distinguir una canoa, que saliendo detras la roca de "La Viuda," se dirijia hácia la embarcacion amenazada.

Todos los ojos fijaron entónces las húmedas miradas en dos puntos negros, que apénas se distinguian á la escasa luz del crepúsculo: el esquife de Marta, que corria con increible radidez á estrellarse contra los peñascos, y la canoa que diestramente gobernada, se acercaba rapidamente hácia ella.

El cura, que hasta ese momento habia permanecido silencioso y con las manos y los ojos elevados al cielo, exclamó desde una alta peña con voz solemne:

—Ya es tiempo, hijos mios, de invocar á Dios en este sitio, pues solo el que enfrena la tempestad y señala linderos al océano, los puede salvar de su furor.

Todas las rodillas se doblaron como por un resorte; todas las manos se alzaron al cielo, y el apacible murmullo de la oracion se confundió en los aires con el estruendoso rumor de las olas.

Miéntras tanto, la canoa habia alcanzado á la embarcacion de Marta justamente cuando llegaba ésta á los remolinos formados entre los peñascos. En ese funesto campo se entabló terrible y larga lucha entre el esforzado pescador y el embravecido elemento.

Veinte veces se vió al generoso defensor avalanzarse sobre el borde de su canoa para tomar á la desventurada jóven que le tendia los brazos, y otras tantas un golpe de mar los apartaba, jugando con sus embarcaciones en vertiginosos remolinos, como juega el torrente con las hojas secas que arrebata.

Al fin, una ola gigantesca volcó el esquife de Marta y esta desapareció bajo su espumante masa; pero el valiente pescador se lanzó fuera de su canoa y quedó sepultado tambien bajo las aguas, apareciendo poco despues con la jóven asida á sus hombros.

Una lucha tremenda y desigual se trabo entónces brazo

á brazo, entre el pescador y el furioso elemento que le disputaba con encarnizamiento su amor y su vida.

El diestro nadador hacia prodigios; pero su preciosa carga le impedia poner en práctica esos supremos recursos del arte que ella no podia resistir.

Cerca de un cuarto de hora habia ya durado el desesperado combate, cuando, arrastrados sobre el lomo encrespado de una inmensa ola, desapareció el pescador, alcanzando apénas á distinguirse sus robustos brazos que sostenian en alto el busto de la jóven, y yendo á estrellarse ambos contra la gran roca......

La noche corrió su sombrío velo sobre tan horroroso cuadro y nada mas vieron los espectadores de tan tremenda tragedia.

IV.

LA ROCA FUNESTA.

Renunciamos á describir la noche de tan aciago dia. Los habitantes del Jaguay vieron la luz del siguiente dia, que alumbró rostros espantados y pálidos, ojos enrojecidos por el llanto, bocas cansadas de pronunciar tiernas palabras de dolor, y pechos enronquecidos de lanzar exclamaciones de angustia.

Los pescadores no habian podido entrar al puerto durante toda la noche, y prudentemente se habian aguantado fuera de las rompientes hasta que calmase la borrasca. Miguel habia hecho esfuerzos toda la tarde por acercarse á la costa. Debia asistir á la cita y su honor estaba comprometido; pero no lo alcanzó. Luchando desesperado contra viento y marea, solo consiguió que se volcase su canoa, y gracias al oportuno auxilio de uno de sus compañeros, que se hallaba próximo y le recojió en su embarcacion, salvó la vida.

Regresaron, pues, al puerto cuando el sol oculto tras espeso cortinaje de nubes, parecia que se negaba á ver tan tristes escenas.

Entónces únicamente partieron tres ó cuatro canoas conduciendo al señor cura, los padres de Marta y algunos pescadores de los mas experimentados. Llevaban tambien una cruz, que por con-

sejo del buen sacerdote debia plantarse en la cumbre de la roca ya dos veces funesta.

El Océano habia calmado su furia, y pareciendo dormir cansado de su larga agitacion, permanecia sereno y silencioso.

Llegó la comitiva, y abordó el peligroso islote con las debidas precauciones.

¡Horrible espectáculo se ofreció á sus miradas!

Cipriano, tendido sobre una peña, tenia la cabeza abierta con una ancha y profunda herida en la frente: era cadáver.

Marta, arrodillada á los piés del cuerpo inanimado de su salvador, con el cabello en desórden, que cubria sus desnudas espaldas; juntas las manos é inclinado el rostro, en el que se pintaba una mezcla de espanto y angustia conmovedora; con las ropas mojadas y los brazos y cuello cárdenos; helada, inmóvil insensible; nada oia, nada entendia, ni dió muestras de inteligencia ante sus padres, que se lanzaron á su cuello, y cubrieron su rostro con los mas tiernos besos y lágrimas.

En semejante estado fué trasportada á una de las embarcaciones, miéntras el párroco hacia conducir el cuerpo de Cipriano á otra.

Concluidas estas disposiciones, hizo escavar la cima de la roca y plantó la cruz.

Al llegar á la playa encontraron á Mauricio, que acababa de llegar y en vano preguntaba por Cipriano, anegado en llanto. Lanzóse sobre el inanimado cuerpo de su quinto y último hijo; la fuente de sus lágrimas en vez de continuar aliviando su dolor súbitamente quedó agotada, sus ojos lanzaron miradas vagas é inciertas, su rostro todo se descompuso horriblemente, y gritando con una voz de trueno:

—¡Justicia de Dios! ¡Justicia de Dios!

Se alejó corriendo por los campos......

V.

LA CONFESION.

Pocas horas despues una numerosa comitiva se encaminaba del Jaguay á Lurin.

El anciano párroco marchaba á la cabeza de ella, cuidando de que se condujese con las mayores precauciones, una camilla preparada con esmero y defendida de los rayos del sol por una ancha manta colgada de cuatro varas de sauce atadas á las esquinas.

En ella iba Marta moribunda.

Gran número de pescadores la seguian, disputándose la querida carga y turnándose los de igual estatura en la solicitada tarea.

Hácia las últimas filas, se veia otro grupo en cuyo centro podia distinguirse un aparato formado por cuatro remos cubiertos con una estera de totora.

Sobre él, cuatro hombres conducian el cadáver de Cipriano envuelto en una sábana.

Reinaba el silencio mas profundo, solo turbado por el ruido acompasado que producia la marcha de la fúnebre escolta.

Llegada al pueblo, la camilla se dirigió á la casa parroquial, miéntras el cadáver del salvador de Marta se depositaba en la iglesia.

La siempre caritativa y ya anciana ama del cura se consagró á la asistencia de la jóven, la cual durante ocho dias no dió muestras de vida, sino por el delirio contínuo de que era presa. Sin embargo, el médico que la vió no encontró lesion alguna de importancia, y declaró que combatida la fiebre, la naturaleza obraria favorablemente.

Miguel y los padres de Marta no se separaban de la cabecera de la querida enferma, aguardando, entre la duda y la esperanza, ver realizado el lisonjero pronóstico.

El noveno dia tuvo éste exacto cumplimiento: Marta despertó de su profundo letargo, y es mas fácil comprender que describir el gozo de todos los que tanto la amaban.

La convalescencia principió rapidamente; pero un accidente sobrevenido al tercer dia retardó la completa curacion de la milagrosamente salvada jóven.

Era cerca de media noche: la enferma reposaba en su lecho, al parecer, tranquila. La señora Feliciana habia obligado á los solícitos asistentes á retirarse, y sola dormitaba recostada en un sillon cerca de la cama. La lámpara que alumbraba la vivienda arrojaba

sobre el ángulo del cuarto en que estaba la enferma la sombra de la pantalla, iluminando el resto con luz agonizante. Dominaba doquier ese silencio augusto que reina en el campo á esa hora; silencio que hacia aun mas solemne el lejano rumor del mar, que crecia y se apagaba por intérvalos, llenando el espacio inmenso con su majestuoso murmullo, comparable á la respiracion de un gigante colosal.

Derrepente, Marta lanzó un grito de espanto y se sento sobre el lecho con rostro despavorido.

La señora Feliciana se precipitó hácia ella preguntándola.

—¿Qué tienes, hija mia, qué tienes?

—¿Ha oido usted, señora, ha oido usted? ¡Ah!......no es sueño! ......lo que he visto!......lo que he oido!......¡Qué es esto Dios mio! exclamó la jóven temblando.

—¿Pero, qué es lo que te ha sucedido, criatura? repetia el ama, explícate, me asustas!

—Espere usted......¿Oye usted? ¿Oye usted?.....................

La señora calló un momento, y oyó efectivamente una lejana y poderosa voz cuyo eco se perdia en el viento, repitiendo:

—¡Justicia de Dios! ¡Justicia de Dios!

—¡Ah! Cálmate, hija mia, dijo doña Feliciana, manifiestamente amedrentada. Sosiégate: esa es la voz de Mauricio que, desde que murió su hijo, anda errante por los campos como un demente, y dicen que en sus violentos accesos profiere esa misteriosa exclamacion.

La enferma obedeció: pero el resto de la noche fué para ella un insomnio agitadísimo. La señora, vivamente impresionada, tomó el rosario que temblaba entre sus manos, y pasó las horas rezando devotamente.

Luego que amaneció, suplicóla Marta que llamase al señor cura. Este no se hizo esperar, y quedando á solas con ella, se sentó á la cabecera y le dijo con dulzura:

—¿Que quieres, hija mia; Feliciana me ha informado que has pasado mala noche, y que me llamabas.

—Señor, contestó ella con voz conmovida, quiero confesarme.

—¿Te sientes ya bastante fuerte para hacerlo? le observó el

buen sacerdote. El peligro ha pasado y estás muy débil aun, pero si lo deseas, mi deber y mi voluntad son oirte; hazlo, pues, tranquilamente y sin fatigarte.

—Así lo haré; porque es preciso que yo le cuente á usted todo para quedar tranquila. Sí, yo no sé si es sueño ó realidad lo que he visto......pero estoy asustada; quiero contárselo todo, señor.

—Bien, ya te escucho, dijo el confesor; y colocando el codo sobre el borde de la cama, quedó en profundo recogimiento con la frente apoyada en la palma de la mano.

La penitenta se incorporó, reclinando su cabeza sobre la almohada mas alta, y despues de algunos momentos durante los cuales sus labios murmuraron la oracion de la confesion, comenzó la suya de esta manera:

—Cipriano queria casarse conmigo, y como siempre procuraba hablarme á solas, me seguia á todas partes......La noche del dia anterior á aquel en que murió, estaba yo con Miguel sentados sobre una peña á la orilla del mar....Despues de haber cantado una cancion que habia aprendido en el pueblo, yo no sé como me encontré en los brazos de mi compañero......un momento fué ese, despues del cual pensé en lo mal que hacia, y me separé de él corriendo......en mi camino volví la cara y ví á Cipriano......me oculté tras de la peña y oí que se desafiaban, citándose para el dia siguiente en "La Viuda"......Cipriano era temido de todos por su valor y su destreza en el manejo del cuchillo, yo lo habia oido decir...... Miguel no tiene mas que valor...... Cipriano iba á matar á Miguel, y con este objeto lo esperaba esa tarde......

—¡Es posible! interrumpió el confesor con sorpresa y quedando pensativo.

Siguiéronse algunos momentos de silencio durante los cuales Marta, que hablaba lentamente, procurando explicarse lo mejor que le era posible, se ocupaba en dar forma á las ideas que queria expresar. Despues continuó:

—No dormí toda la noche: no me atrevia á decirle nada á mis padres......pensaba hablar con Miguel é impedirle que saliera ese dia. Á la madrugada me venció el sueño; cuando desperté era ya tarde: Miguel habia salido á la mar...... No sabia que ha-

cer; al fin me resolví impedir yo misma el desafio presentándome en el lugar....... Vi á mi padre, cuando desde el barranco me hacia señas para que volviese, y le desobedecí: estaba resuelta á todo......Lo demas usted lo sabe, señor.......... Involuntariamente he sido la causa de la muerte de Cipriano......Él, valiente y decidido, me ha salvado la vida perdiendo la suya......

Una pausa mas larga tuvo lugar aquí. La enferma estaba conmovida; lágrimas abundantes corrian por sus mejillas, su respiracion era fatigosa.

—Tranquilízate, hija mia, le dijo el cura con suave acento. Mas que una falta, fué una imprudencia la que cometiste, si bien impulsada por un sentimiento generoso.

La confesada, algo repuesta, siguió diciendo:

—Ayer he pensado mucho en todo esto; la sombra de Cipriano se me presentaba, y me parecia que con razon me acusaria de ingratitud si me casaba con Miguel......Estaba casi resuelta á sacrificar mi amor y á entrar á un convento luego que me levantase. Al anochecer, me quedé dormida; desperté cuando era ya muy tarde sin duda, porque todos se habian ido y solo la señora Feliciana me acompañaba. Volví á pensar y pensar...... cuando me sentí trasportada á "La Viuda."......

—Estabas soñando, sin duda, le observó el confesor, ó la debilidad y la preocupacion te hacian delirar.

—No sé, señor; pero le ruego que me permita contarle todo lo que ví,

—Sigue, hija mia, te escucho con interes.

—Yo me encontré sobre el islote. Á diez pasos del lugar en que me hallaba ví á dos hombres que peleaban armados de los puntiagudos cuchillos que usan los pescadores. ¡Ah! eran Miguel y Cipriano. Miguel se defendia, Cipriano lo atacaba con furia! Yo estaba clavada en el sitio y no podia moverme; ellos no hacian caso de mis gritos y súplicas......Derrepente, Cipriano golpeó de un modo extraño el mango del cuchillo de su enemigo, y este quedó desarmado; el arma habia ido á chocar contra una peña á veinte pasos de distancia......Cipriano se lanzó sobre Miguel, y ví ¡Oh Dios mio! la punta del cuchillo en su garganta

......Pero en ese momento un fantasma vestido con un manto negro se apareció entre ambos, y el hijo de Mauricio cayó al suelo herido en la frente por un rayo!......Yo me encontré entónces junto á Miguel, y veiamos ambos sin susto el fantasma, que era el mismo que cuentan se aparece los viernes al toque de ánimas en " La Viuda," Nos miraba con ternura y sonriendo!.........Un instante despues estendió las manos sobre nuestras cabezas, y bendiciéndonos se elevó en los aires. Sus vestiduras se habian vuelto blancas; yo lo miraba perderse entre las nubes, cuando escuché un grito lejano que decia:

—¡Justicia de Dios! ¡Justicia de Dios!......

—La señora lo oyó tambien.

El cura no contestó una palabra. Habiase levantado rapidamente del asiento al escuchar las últimas palabras de Marta, y se quedó mirando á esta con la sorpresa y la admiracion mas grandes que pueden pintarse en humano semblante.

El velo de una horrible duda de veinte años acababa de descorrerse ante sus ojos!

¿Quién conoce el misterioso enlace de los humanos acontecimientos? ¿Quién sabe á que leyes obedecen? ¿Qué sabio podrá señalar la mano que los dirige?

La confesion de Marta habria hecho asomar la sonrisa á los labios del escéptico materialista de nuestra época; habria exitado el vivo y serio interes del crédulo esperitista de nuestros tiempos, que calificaria á la jóven como exelente *Medium*; habria sido escuchado con respeto y atencion por el filósofo racionalista de nuestro siglo, que está persuadido de que nada hay sobrenatural en el mundo, realizándose todo en virtud de las eternas leyes de la naturaleza, aunque en infinitos casos no alcance aun la inteligencia del hombre á descubrir el *modus operandi.*

Lo que es para el cura, que no era mas que un buen cristiano de aquellos tiempos, baste saber á nuestros lectores que, creyendo en la intervencion sobrenatural de la Providencia, remontó su pensamiento á veinte años atras, y repasando en su memoria los sucesos narrados en esta historia, despues de haber permanecido

largo rato con los brazos cruzados y la cabeza inclinada sobre el pecho, exclamó con acento de conviccion:

—¡Él fué su asesino!

Volvióse despues hácia Marta, y con voz sosegada y solemne le dijo:

—Calma tus dudas, hija mia; adora en silencio los altos é incomprensibles designios de la Providencia y cásate con Miguel.

Y estendiendo sus manos sobre la cabeza inclinada de la penitenta pronunció las palabras de la absolucion.

VI.

EL REGALO DE MARTINA.

Tres meses despues las campanas de Lurin alegraban los aires con sus sonidos.

El templo se hallaba lujosamente adornado é iluminado con profusion. En la plaza se veian arcos cubiertos de flores y cintas; cuadrillas de payas danzaban en el atrio, y la detonacion de las camaretas dominaba únicamente, de tiempo en tiempo, el bullicioso alboroto de la muchedumbre, que se apiñaba riendo y cantando ya á la puerta de la iglesia, ó en derredor de las mesas colocadas en la plaza y cubiertar de viandas y licores. Los nombres de Marta y Miguel corrian de boca en boca y eran la alegria del pueblo y la causa de tan expléndida fiesta, tan solo comparable con las renombradas de las *bodas de Camacho.*

Sí, Marta, la hermosa muchacha mas querida del pueblo, se casaba con el honrado húerfano que sin conocer el nombre de sus padres, era llamado hijo por los ancianos, hermano por los jóvenes, amado por todos.

La simpática novia habia salvado de las garras de la muerte dos veces en un mes: acaba de salir de la peligrosa enfermedad que la puso al borde de la tumba, despues de haber escapado del furor de las olas.

Miguel, á ruegos de ella, habia renunciado á empuñar el remo, y el cura les habia proporcionado ocupacion á su lado.

Eran las doce de tan dichoso dia y las campanas anunciaron que la ceremonia habia terminado, viéndose entónces agrupar la multitud, que seguia á los desposados, delante de la casa parroquial, cuyo corredor y sala fueron invadidos inmediatamente.

Los novios, rodeados del cura, la señora Feliciana, la familia de Andrés, las autoridades del lugar y las personas mas notables del pueblo, ocupaban la cabecera del espacioso salon repleto de gente, que aplaudia entusiasmada cada vez que se acercaba alguien para poner entre las manos de los dichosos consortes algun regalo de boda.

Numerosos fueron éstos y parecia que habia terminado la generosa manifestacion, cuando vieron todos á dos personas que se abrian paso entre la multitud para aproximarse á los recien casados. Una de ellas era un hombre anciano de repugnante aspecto, cubierto de andrajos que dejaban ver por entre sus rasgados girones la lepra mas asquerosa.

Tras de éste, y á favor de la facilidad con que por huir de su contacto se apartaban los asistentes, venia una viejecita que contrastaba con el personaje anterior por su aseo y agradable figura.

Ambos llegaron hasta la mesa donde se habian estado depositando los regalos, y miéntras el leproso paseaba una mirada siniestra sobre las personas que tenia á su alrededor, Miguel y Andrés se dirigieron á la anciana y la abrazaron con cariño; el segundo la ofreció el asiento que habia ocupado, y que ésta aceptó diciendo:

—¡Ay! y que cansada estoy. Nos demoramos en el camino mas de lo que creia, y acabo de apearme. He llegado tarde, pero á tiempo todavia para hacer mi regalito al novio.

El cura preguntó á Andrés con curiosidad:

—¿Quién es esta mujer?

—Está es, señor, la que ha criado á Miguel, y quien me lo entregó muy niño.

—Para servir á Dios y á usted, mi señor cura, agregó la recien llegada, inclinándose con respeto.

—Basta eso, replicó el párroco afectuosamente, para que desde ahora cuente usted con mi cariño, aun que es la primera vez que la veo.

—Muchas veces he querido venir; pero mi edad y mis acha-

ques me lo han impedido; solo porque Miguelito se casaba hoy, he hecho este viage. Él si es un ingrato, apenas me va á ver de tarde en tarde.

El aludido se levantó y la abrazó nuevamente como protestando contra la acusacion.

—¡Ay! Que gusto tan grande tendria hoy la señora doña Cármen, si viviera, añadió la anciana enjugándose una lágrima.

—¿De quien habla usted? preguntó el cura con interes, al escuchar ese nombre.

—De mi patrona, señor, la señora doña Cármen del Villar, que Dios tenga en su gloria, y que murió repentinamente, veinte años hicieron en Abril.

El cura se quedó pensativo y silencioso, cruzó algunas palabras en voz baja con Andrés y levantándose del asiento entró al cuarto inmediato. Un momento despues volvió al salon, conduciendo de la mano á una mujer vestida de negro.

No era ya jóven, pero su rostro tenia aun el atractivo que le queda á la mujer que ha sido bella: destello postrero de la hermosura, que cautiva como el último resplandor del sol al hundirse en el ocaso.

Su semblante era pálido; sus ojos, siempre hermosos, rodeados de un círculo oscuro, miraban con estraña vaguedad, pero con melancólica dulzura. Su cabellera cana caia sobre su espalda en dos gruesas trenzas como dos cintas de plata. Su talle era esbelto y flexible, su andar lento y majestuoso.

La aparicion de éste personaje produjo un sordo murmullo en la concurrencia. El hombre de los andrajos dió dos pasos atras, su rostro se puso lívido, y tuvo que apoyarse contra la pared para no caer.

El párroco la condujo delante de la nodriza de Miguel, y le preguntó con acento claro y marcando notablemente cada palabra:

—Cecilia, ¿conoces á esta mujer?

La infeliz loca miró con atencion á la anciana durante un largo rato, volvió la vista hácia su protector como asombrada, y tornando á mirar á la mujer, meneó la cabeza con ademan negativo.

La viejecita, sin comprender lo que pasaba, se habia levantado

y parecia preguntar con sus miradas, que significaba todo eso.

El cura continuó, con voz acentuada:

—Cecilia, ésta es Martina......¿Te acuerdas de la señora doña Cármen, tu madrina?

Esta vez, alzó los ojos al cielo, y haciendo como un esfuerzo, bajó la cabeza con señal afirmativa, diciendo:

—Mi madrina.........La señora.........Sí!

—¡Ah! exclamó la anciana, esta es Cecilia! la ahijada de la señora, quién podria reconocerla!

Y acercándose á ella la estrechó entre sus brazos con efusion.

Ya se vé, continuó, veinte años que no la veia! ¿No te acuerdas de mi, hija mia? La última noche que te ví te habias enfermado; pero la señora, contra lo acostumbrado, no nos permitió entrar á tu cuarto, y luego que amaneció me mandó á su casa del Cercado y no volví á verte.

El párroco, que se complacia en que la nodriza de Miguel hablase á Cecilia de lo acontecido en esa lejana época, la animaba á que continuase, teniendo fijos sus ojos en el rostro de la loca, que la escuchaba con atencion, mirándola con una mezcla de asombro é interes sumo.

—Tú te veniste acá justamente la víspera de la muerte de la señora, continuó la anciana. Ella me lo dijo, porque iba al Cercado todos los dias á ver al niño que yo criaba. Tú, que estabas en la casa, no sabias nada de esto. Pero ¿no te acuerdas que hacia poner la caleza diariamente? Ella me encargaba el silencio. Yo callaba, comprendiendo que este asunto encerraba sin duda un gran secreto!

Cecilia no desprendia los ojos de Martina, su rostro estaba inmutado. Un vivo color teñia ya sus mejillas, y pasaba sus manos con frecuencia por su abrasada frente.

El silencio mas imponente reinaba en la sala; los circunstantes tenian fijas las miradas en el grupo que formaban los tres personajes, que representaban papeles tan interesantes, y escuchaban con religiosa atencion á la recien llegada de Lima, que tan nuevas y estrañas cosas contaba.

Siga usted, siga usted hablándole de eso, le dijo el cura en voz baja y con marcada intencion.

—Siempre iba la señora sola siguió está; pero un dia fué acom-

pañada por un jóven á quien no conocí, ni he vuelto á ver, que acariciando al niño, lloraba, estréchandolo contra su pecho, y que al irse le puso la prenda que es mi regalo de boda.

Y miéntras decia estas últimas palabras, sacó de su seno una bolsita, desató el cordon que la cerraba, y extrajo de ella un paquetito cuyo paqel amarillo por el tiempo desdobló lentamente.

La atencion se redobló: todos miraban con ansiosa curiosidad el paquete, esperando ver el misterioso regalo.

En medio, pues, del silencio mas profundo, Martina llamó á Miguel.

—Arrodillate! le dijo, con tono imperativo.

El jóven obedeció.

La nodriza colgando entónces al cuello de Miguel una crucecita de oro pendiente de un cordon encarnado, concluyó con voz solemne y conmovida:

—¡Recibe de mis manos el único y último regalo que te hizo tu padre. Él colgó esta cruz á tu cuello. El dia que se conozca su nombre, sabrá el mundo el tuyo!

Una exclamacion de asombro general rompió el comprimidó silencio del auditorio!

Pero la admiracion llegó á su colmo al ver que Cecilia, que habia escuchado estas últimas palabras con marcada agitacion, se precipitó hácia Miguel......examinó un instante la cruz......é inflamado el rostro y toda convulsa, dió un paso hácia atras...... contempló al jóven un momento......y desbordada por tan inmensa conmocion la fuente del llanto, sellada para ella hacia veinte años: lanzó un grito de suprema y mas que humana alegria, y exclamando:

—¡Hijo mio! ¡Hijo mio!.........cayó sin sentido entre los brazos del hijo de Lorenzo.

Miéntras esto pasaba, el hombre de los andrajos salió de la sala dando traspies como un beodo, y con las manos levantadas al cielo, inyectado de sangre el semblante, crispados los cabellos y saltados los ojos, gritó por última vez, cayendo sin vida contra el muro del corredor:

—¡Justicia de Dios! ¡Justicia de Dios!





